

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
v. 226
no. 1-13

BUO

MCM




a 00002 65400 5

PQ6217

.T44

V. 226

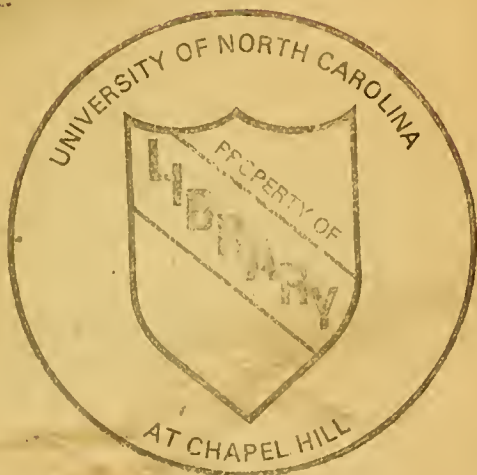
no. 1-13



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

1949

Catalina de Medicis



MODISTAS

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GENERO EN ES

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALL

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENO

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 28 - Precio: 2 rs
(Contiene los pliegos 82 á 84)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROME

calle de Preciados, número 23

CATALINA

DE MÉDICIS,

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO.

José Gil

Este drama fue leído y aprobado por la junta de lectura de los teatros principales de esta corte en sesion de 2 de octubre de 1838.-Aunque no es una obra original, no debe considerarse tampoco como una mera traduccion. Ni el argumento, ni el desarrollo de la accion, ni los personajes que figuran en ella, son los mismos que en la comedia francesa cuyo asunto dió ocasion á este drama, que algun escritor muy aplaudido y poco escrupuloso en la materia no hubiera vacilado en presentar como parto de su ingenio.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=
1858.

PERSONAS.



TOMAS, *hombre del pueblo.*

EL CONDE DE MAUREBERT.

TELIGNY.

EL DUQUE DE GUISA.

EL CARDENAL DE LORENA.

ISAAC, *alquimista.*

EL GRAN PREBOSTE.

UN UGIER.

CATALINA DE MÉDICIS.

ESTELA.

UN PAGE.

UNA NIÑA.

DOS COMPAÑEROS DE ISAAC.

DOS CRIADOS DEL CONDE.

GRUPO DE MÁSCARAS Y CORTESANOS.

La accion pasa en Paris.



Este drama es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

PRÓLOGO.

Una plaza del antiguo Paris.—Una cruz gótica en medio de la plaza.—A la derecha un palacio.—En el fondo el río.—Está nevando y se oye el bramido del viento.—Al través de las ventanas del palacio se ve el resplandor de las luces de una fiesta; de tiempo en tiempo se oye dentro la música de un baile. Al levantarse el telon habrá varios grupos de máscaras agolpados á la entrada del palacio; apenas han entrado, vuelven á cerrarse las puertas detrás de ellos. Un desconocido, apoyado en la pared de una de las casas de enfrente, los contempla en silencio.

ESCENA PRIMERA.

EL DESCONOCIDO,

Así me gusta, nobles hidalgos.... Corred á pasar una noche de placer entre hermosas damas y esquisitos vinos... Cada cual á su negocio.... Vosotros vais de baile, y yo me estoy en esta plaza esperando la fortuna.

ESCENA II.

El DESCONOCIDO y dos HOMBRES embozados en sus capas.

Hombre 1.º (Acercándose al desconocido.) Hidalgo!

Desc. Ah! por fin, estais aqui?

Homb. 2.º Hemos tardado acaso?

Desc. No.

Homb. 1.º Pues manos á la obra y despachemos, porque no está la noche para pasarla en coloquios al sereno.... Corre un viento que hiela; no parece sino que está soplando el mismo diablo, y creo que va á cargar con todos nosotros á poco que nos detengamos aqui.

Desc. No te detendrás mucho,

250806

Homb. 1.º Entonces, ya podemos empezar.

Homb. 2.º Decid, pues, ¿qué es lo que tenemos que hacer?

Homb. 1.º Dar una estocada?

Homb. 2.º Echar algún pobre diablo al río con una piedra al pescuezo?

Homb. 1.º Dejar en cueros ó apalear á algún judío?

Los dos juntos. A todo estamos prontos.

Desc. Para nada de lo que habeis dicho os he llamado.... Si los informes que tengo son exactos, debe venir dentro de pocos instantes á esta plaza un hombre; el tal hombre traerá una niña.... pues bien, esa niña es la que quiero tener en mi poder.

Los dos. Una niña!

Homb. 1.º Maese Isaac, tratáis por ventura, de reiros á nuestra costa?

Homb. 2.º En ese caso debiais haber buscado una nodriza.

Desc. Cachaza, buena gente, cachaza: es mas importante de lo que creéis esta niñería.

Hombres. Entonces acabad de una vez, ó nos vamos....
(*Hacen un movimiento para separarse.*)

Desc. Poco á poco, no hay que alejarse: voy á decíroslo todo.... Ya sabeis que tengo una tienda....

Homb. 1.º Y quién es el que no sabe la rica tienda de Maese Isaac!

Homb. 2.º El alquimista y herbolario.

Homb. 1.º El perfumista y envenenador.

Isaac. Chist! no se trata ahora de eso.... Ya veo que sabeis mi tienda.... pues bien, vive enfrente de ella una pobre familia compuesta del marido, su muger y de un niño; el padre y la madre son unos pobres artesanos que se casaron locamente enamorados; pero yendo y viniendo los dias, llegó uno en que les faltó el trabajo; y cuando falta el trabajo, no está lejos la miseria. Finalmente, la muger ha muerto esta mañana de hambre y desesperacion. Es una lástima! pero este es capítulo aparte, porque no se trata ahora de lástimas.... Es el caso, que el otro dia Lurecia la gitana.... (*Al oír este nombre se santiguan los dos hombres*) qué! ¿os asusta ese nombre?

Homb. 1.º Y me parece que con mucho motivo; Maese

Isaac! Porque , lléveme el diablo si esa bruja no descende en línea recta del infierno....

Isaac. En cuanto á eso , no diré que no.... pero , en fin, lo que yo queria contaros es que Lucrecia la gitana ha visto á la criatura , que es una niña hermosa como un ángel del Paraiso , y despues de haber examinado atentamente las líneas de su frente y de su mano, me dijo: Maese Isaac, esta niña hará la fortuna del que la tenga, porque veo en ella unas señales maravillosas... ¿No os chanceais? la dije... y como nunca me duermo en las pajas , me ocurrió la sencilla idea de tomar á mi cargo la pobre niña.

Homb. 1.º Me parece muy justo.

Homb. 2.º Cada uno es dueño de tomar lo que necesite donde lo halle.

Isaac. Hé aqui el motivo porque os he hecho venir á estas horas. El padre, como ya os he dicho, no puede tardar en llegar; tiene para ello sus razones, que nada os importan, ni á mí tampoco.

Homb. 1.º Basta.... estoy enterado.

Homb. 2.º Y qué tenemos que hacer con la niña?

Isaac. Os la llevareis á mi casa, y se la entregareis á Lucrecia, que está ya prevenida.

Homb. 1.º Alguien viene.... Oigo pasos....

Isaac. (*Acechando.*) Escondámonos.. Creo que es él. Si, él es... es nuestro hombre. Valor, y á ello! Yo voy á esperaros detrás de esta casa. (*Los tres desaparecen detrás de las casas.*)

ESCENA III.

TOMAS con traje roto y andrajoso, trae una niña en sus brazos y procura preservarla del rigor del frio.

Aqui es....: A la derecha, segun me han dicho, está el palacio del conde de Maurebert.... Cómo late mi corazón!... Hija mia! por fin, tocamos el término de nuestras miserias. (*La deja al pie de la cruz, y la cubre con los restos de su capa: se acerca al palacio y llama.*)

ESCENA IV.

TOMAS y dos CRIADOS con libreas de lujo.

Criado 1.º Qué quieres á estas horas, villano? Has reparado que estás llamando á la puerta de un gran señor?

Tomas. Vive aqui por ventura el noble conde de Maurebert?

Criado 1.º Aqui vive. Pero para qué diablos le quieres?

Tomas. Deseaba verle y hablarle.

Criado 1.º (*Sonriéndose y mirándole con altanería.*) Hablarle tú!.... Ea, prosigue tu camino, si no tienes ganas de que te echemos á palos de aqui.

Tomas. Quiero hablarle, repito; lo oís? Quiero hablar á vuestro amo, miserables lacayos.... Daos prisa á avisarle.... insolentes.

Criado 2.º Ten la lengua, porque el rio no está lejos, y sino....

Tomas. En nombre del cielo, dejadme hablar á vuestro amo! No tengo que decirle mas que una sola palabra.

Criado 1.º Las gentes de tu calaña no entran aqui; con que.... largo. (*Quieren volverse á entrar.*)

Tomas. Oh! Es preciso que yo entre, es preciso que vea al conde.

Criado 1.º (*Armándose de un palo.*) Atrás!

Tomas. (*Lanzándose sobre ellos.*) Miserables, entraré á la fuerza. (*Los empuja violentamente, haciéndolos retroceder, y procura abrir la puerta.*)

ESCENA V.

Los mismos. El CONDE DE MAUREBERT ricamente vestido, y condecorado con la orden de san Miguel.

Cond. Qué ruido es este? ¿quién sois, y qué quereis? Con qué derecho venis á entrar á viva fuerza en mi casa? ¿de qué sirven, pues, los ballesteros del Prestoste?

Tomas. Me he obstinado en entrar, señor conde, porque tenia que deciros una cosa de la mayor impor-

tancia. Vuestros criados han tenido la osadía de levantar las manos sobre mí, y yo me he defendido. Hé aqui cuanto ha pasado.

Cond. ¿Qué me quereis?... No os conozco, ni creo haberos visto jamás.

Tomas. Decid á vuestros criados que nos dejen solos, porque lo que tengo que deciros, no debe ser oido por esa canalla.

Cond. Mucha altanería abrigas bajo ese miserable traje. (*Hace señal á sus criados para que se vayan, y estos le obedecen.*)

ESCENA VI.

TOMAS Y EL CONDE.

Tomas. Bajo la salvaguardia de sus padres vivia una pobre jóven, hermosa, pura y sin maneilla. Esta jóven habitaba al lado de este palacio un miserable albergue, que vos hicisteis demoler, para hacer mayor vuestro palacio. Veía pasar frecuentemente la doncella un jóven hidalgo de seductores modales y brillantes armas. El hidalgo la miraba con atencion; paraba muchas veces su brioso corcel, y se dignaba hablar á la jóven, á quien tanto honor hacia temblar y sonrojarse. Un año trascurrió; el hidalgo puso á los pies de la jóven sus blasones y la corona de conde, y abusando de su debilidad, satisfizo una pasion de algunos instantes. Al dia siguiente salió para ir á las guerras de Italia. (*El Conde hace un movimiento.*) Qué tenéis, señor conde?

Cond. Nada.... proseguid.

Tomas. Iba diciendo que al dia siguiente salió para Italia, dejando sola y sin apoyo á la que habia seducido. Los crueles padres de la desdichada la echaron de su casa ignominiosamente. (*El conde hace un nuevo movimiento.*) Os estremeceis, señor conde?... no me admira vuestra indignacion.... Algunos meses despues, ya era madre; pero la infeliz pagó bien cara la corta felicidad de besar una sola vez al hijo de sus entrañas..... Espiró dándole un beso de ternura inefable, y su alma pasó al seno del Señor....

Antes de morir confió su hijo á una muger que le recogió por piedad, entregándola al propio tiempo una caja sellada, que conténia las pruebas de la alta alcurnia del niño. Sin embargo, aquella caja no debia serle entregada, hasta que hubiera cumplido la edad en que pudiera reclamar por sí mismo sus sagrados derechos.

Cond. Y en fin, ¿qué queréis decirme con eso?

Tomas. El seductor que dejó morir á la hija del pueblo, despues de haberla mancillado, sois vos, señor conde! El hijo que viene á réclamar sus derechos soy yo!

Cond. (*Mirándole con orgullo.*) Vos! ¿y quién me asegura que no sois un aventurero que trata de introducirse en mi noble familia, por medio de una estratagema criminal? En verdad, que vuestra audacia me admira! Sin duda habeis olvidado que el Preboste no tardaria en hacerme justicia de vuestro temerario arrojó.

Tomas. (*Entregándole una caja.*) Hé aqui las pruebas de mi nacimiento.

Cond. Yo no reconozco esas pruebas.

Tomas. Dignaos verlas, señor conde!... mucho se han borrado de vuestra memoria los primeros años de vuestra juventud!

Cond. (*Con dureza.*) Os repito, que nada he escrito, ni prometido... Dejadme, pues.

Tomas. En nombre del cielo, dignaos abrir esa caja.

Cond. Ya me habeis oido, retiraos.

Tomas. Por piedad, señor! En nombre de mi madre, que os está oyendó; en nombre de la justicia divina, de todo lo que hay mas santó y sagrado! Por vuestro honor, señor conde!

Cond. Por mi honor! ¿Te atreves á invocarle, miserable! Quién eres tú, para hablarme de mi honor! Ya veo que he sidó un loco en humillarme hasta el punto de oir tus infames invenciones.

Tomas. (*De rodillas.*) No desoigais la mas santa de todas las súplicas! Dad cabida en vuestro pecho á la piedad..... Yo no soy indigno de vos, porque toda mi vida ha sido noble y pura. Tambien soy padre; soy un desgraciado cubierto de andrajos, que acaba

de perder una esposa adorada, á quien amaba con toda mi alma, y que al morir me ha dejado sumido en el dolor y la desesperacion... Considerad, señor, que mi hijo es mi único consuelo. En nombre de esa inocente criatura moribunda de frio y de hambre, como yo, compadeceos de vuestro hijo... (*El conde le rechaza.*) Sí, de vuestro hijo, porque yo lo soy. Lo juro en el nombre de Dios omnipotente que nos escucha; no soy ningun aventurero, soy vuestro hijo; el corazon me lo dice, pues vuestra vista me ha causado un sentimiento de respeto y de piedad filial.... todo mi ser se ha estremecido, y una voz interior, la voz de la naturaleza me ha gritado: «Arrodíllate, ese es tu padre.»

Cond. Esa voz ha mentido, porque á mí nada me ha dicho! (*Haciendo un movimiento para volver á entrar.*) Atras, paso!

Tomas. (*Levantándose con indignacion.*) Ah!

Cond. Osarias....

Tomas. Ah! Perdon, perdon; si vos no me reconocéis por hijo vuestro, yo os reconozco por mi padre, y os respeto. (*Se inclina al pasar el conde, que sale por la derecha.*)

ESCENA VII.

TOMAS solo.

Se fue.... ya no me resta ninguna esperanza! Despedido... echado de la casa de mi padre!... ¿qué será de mí ahora? Qué noche tan cruel!.. Este viento glacial, la nieve.... Pobre hija mia!... si yo pudiera calentarte con mis besos... Ah! el frio y el hambre van á matarla! Lo único que ha quedado en mi casa desde esta mañana, es el cadáver de mi pobre mujer que no ha podido resistir á tanta miseria.... En vano he recorrido todo el dia las calles, implorando piedad, misericordia; ni uno solo me ha comprendido!

Ciudad maldita! en la que no hay ni una lágrima, ni una moneda para la desgracia! Tendré, pues, que morir!... Oh! las fuerzas me abandonan, mis pies y mis manos se hielan... Mil visiones horribles se pre-

sentan á mi imaginacion. Ah! mi cabeza se arde, una nube ofusca mi vista. (*Cae sobre el pedestal de la cruz.*) Salvad á mi hija, Dios mio, vos que habeis muerto en la cruz, y que tambien sufristeis tanto, salvad á mi hija! Estoy tan débil... que... oh!... me siento morir... (*Cae sin movimiento.*)

ESCENA VIII.

TOMAS, ISAAC.

(*ISAAC vuelve á salir con los dos hombres que le acompañaron, se acerca á TOMAS, coje con mucho tiento á la NIÑA, y se la entrega á sus compañeros.*)

Isaac. Partamos... (*Se queda mirando á Tomas.*) Pero este pobre diablo... no tengo valor para dejarle morir ahí... bastante es ya quitarle su hija. No es esto decir que me remuerda la conciencia; porque, bien mirado, ¿qué hubiese sido de ella con la miseria del padre? (*Saca un frasquito, que acerca á los labios de Tomas.*) Con algunas gotas de este elixir, capaz de reanimar á un muerto... (*Tomas hace un movimiento.*) Bravo, ya vuelve.

Tomas. (*Volviendo en sí poco á poco, y mirando en torno suyo.*) Y mi hija? Dónde está mi hija? (*Dirigiéndose á Isaac que huía.*) Vos me la habeis cogido, devolvédmela...

Isaac. Vuestra hija? No os entiendo.

Tomas. Sí, tu me la has robado, miserable; vuélvemela, ó tiembla.

Isaac. Os juro por el nombre de la Virgen santísima, que yo no la he cogido; pero por Dios, soltadme; vuestras manos parecen de hierro.

Tomas. Tú estabas aquí y has debido ver á los ladrones; responde.

Isaac. Repito que yo nada he visto ni oído; vuestros gritos me han hecho salir de mi casa.

Tomas. Infeliz de mí!

Isaac. Eh! Vuestra hija tal vez se habrá muerto de frío, y algunos religiosos se la habrán llevado al pasar.

Tomas. Se habrán llevado á mi hija!.. pues muerta ó viva es preciso que me la devuelvan. Dios mio! Dónde los encontraré? por dónde han pasado? (*Dirigiéndose á todos lados.*) Noche infernal!.. apenas se distingue! (*Se acerca hácia el rio y mira á lo lejos.*)

Isaac. (*Ap.*) Sí, sí, mira cuanto quieras; están ya lejos. Sin embargo, no sé porque me da lástima el dolor de este hombre.

Tomas. (*Dando un grito.*) Ellos son! Los veo atravesar el rio en una barca! Deteneos, miserables! deteneos! No hay duda, ellos son, porque al oirme reman mas á prisa. (*Se sube al pretil del rio.*)

Isaac. Qué vais á hacer, amigo? No veis que hace un frio terrible, y que el rio empieza á helarse....

Tomas. Qué importa!... Yo quiero mi hija! Hija mia! hija mia!... (*Se arroja al rio.*)

ACTO PRIMERO.

Palacio de Soissons.—El teatro representa el interior del oratorio de la reina Catalina de Médicis.—Puerta al foro que comunica con la galería.—Dos laterales; la una secreta, y que se abre por medio de un resorte.

La acción pasa en París en 1572, bajo el reinado de Carlos IX.

ESCENA PRIMERA.

ESTELA *sola.*

No puede ya tardar la reina, y quiero hacer cuanto esté de mi parte para agradarla. (*Poniendo un ramillete de flores sobre una mesa.*) Estas flores son las que mas la gustan.... Ahora su rosario bendito por el santo Padre, y cuyas cuentas aseguran estar hechas de la madera de los olivos á cuya sombra descansó nuestro Señor.... Plegue á Dios que esta santa reliquia la libre de todo peligro y la haga feliz! (*Suspirando.*) Feliz!... Todos los reyes lo son.

ESCENA II.

ESTELA é ISAAC, *que sale por la puerta secreta.*

Isaac. Pues qué, no lo eres tú, por ventura.

Estela. Ah! Sois vos, mi buen amigo Isaac? Pero.... ¿por dónde habeis entrado en este oratorio?

Isaac. Nunca me preguntes por dónde entro, ni por dónde salgo.... Todas las puertas se abren delante de mí, y vuelven á cerrarse para todo el mundo en cuanto yo paso. Este palacio me es tan conocido, como mi pobre albergue lo era para tí en otros tiempos.

pos, Estela, porque en él fuiste criada y educada por Lucrecia. Ahora eres ya la primera dama de honor de la reina.

Estela. Y todo os lo debo á vos, mi buen Isaac; porque muchas veces os he oído decir que me recogísteis en las gradas de nuestra Señora, espirando ya de hambre y de frío. ¿Es posible que nunca he de saber quiénes fueron mis padres?... mis padres, á quienes sin duda obligó la desgracia á abandonar tan cruelmente á su hija! Estaré condenada á no abrazarlos nunca! Dios mio! Solo me resta de ellos esta cruz de oro, que conservo siempre sobre mi corazón con amor y respeto! (*La besa.*)

Isaac. Oh! Esa crucecita de oro te será tal vez mas útil de lo que crees... ¿Quién sabe si existen todavía tus padres, ó al menos alguno de ellos? ¿Acaso un padre abandona á su hija, sin quedarse con el consuelo de poder volverla á encontrar algun dia? La casualidad, querida Estela, suele hacer prodigios.

Estela. Oh! nunca olvidaré lo que os debo.

Isaac. Lo que me debes!... Al contrario; yo soy quien te debo á tí haber vuelto á pisar las alfombras de este palacio, por cuyas puertas há ya muchos años no habia entrado. Jamás se borraré de mi memoria el dia feliz en que te llevé á Nuestra Señora, para ver á la reina, que debia asistir á la santa catedral, acompañada del duque de Anjou. Ibas agarrada de mi mano, y yo escuchaba embelesado lo que decian de tí.—Qué hermosos ojos! esclamaba uno.—Qué rostro de ángel! replicaba otro; parece un serafin bajado del cielo.—De repente resonaron cerca de nosotros estas voces: «La reina! la reina!»—De quién es esta niña? preguntó, al pasar por nuestro lado.—Es de mi familia, señora; y está á vuestras órdenes.—Pues bien! que me siga. Y una hora despues, al salir S. M. de la iglesia, te hizo subir en una hermosa carroza, recamada de oro y sedas, diciéndome al propio tiempo que me arrojaba un bolsillo.—«En palacio te espero.»—Podrás suponer que tuve muy buen cuidado de no faltar á la cita... S. M. me preguntó cuál era mi oficio; y á breve rato reconoció en mí un antiguo amigo. La reina sabia hacia ya

tiempo mi afición á las plantas y las maravillas debidas á mis filtros y alambiques; apreció mis talentos en mas de lo que valian sin duda, y logré entrar en su servidumbre con el empleo de botánico y perfumista. Desde entonces, cada dia recibo nuevas pruebas de su bondad.... Aunque en la apariencia soy tan solo Maese Isaac el perfumista de la córte, en el fondo he llegado á ser hombre esencial y poderoso; los palaciegos me lisonjean, me adulan, y lo que es todavía mejor, veo elevarse diariamente en mis arcas nuevas columnas doradas de bien ensayados florines... Ah! no hay oficio como el mio!

Estela. Y qué tracas de nuevo en ese canastillo?

Isaac. (*Quitando el canastillo en la mesa y abriéndole.*) Mira, curiosa!

Estela. Collares! mantellinas de Milan!... guantes de Flandes!... joyas de plata.... y cristales de Venecia! Oh! qué primorosa sortija! (*Va á ponérsela.*)

Isaac. (*De pronto.*) No, no.... detente...

Estela. Por qué?

Isaac. (*Cerrando la caja que contiene el anillo.*) Es un secreto de la reina y mio.

Estela. Un secreto!

Isaac. (*Volviendo á su buen humor.*) No tienes tú tambien los tuyos?

Estela. Yo....

Isaac. Dime, Estela.... ¿No es verdad que te alegras mucho de que se firme de una vez la paz, y cesen las hostilidades entre católicos y protestantes?

Estela. Sí, en verdad; la paz es una cosa tan apreciable!

Isaac. (*Con ironía.*) Por supuesto; y á tí te interesa tanto la felicidad de la Francia!

Estela. Decidme. ¿Es cierto que todos los gefes ugonotes vienen á Paris, con motivo de la boda de la princesa Margarita de Valois?

Isaac. Sí; y yo conozco uno que no será el último en presentarse.

Estela. Vos?

Isaac. Y tú tambien... el jóven conde Teligny... protegido del almirante. La mejor lanza del ejército protestante.... que debe sus títulos á sus hazañas, y

no á su ilustre cuna; pues como tú, nunca conoció á sus padres.... Pero ¿por qué bajas los ojos? ¿no me respondes?

Estela. Y qué pudiera decirnos, que vos no hubiérais adivinado?

Isaac. Así me gusta.

Estela. Perdonadme, si os lo he ocultado por tanto tiempo, buen Isaac.... Temí vuestro enojo.... Como es protestante!

Isaac. Y ¿qué me importan á mí católicos, ni protestantes, reformados, ni partidarios de la liga? Soy judío, y no me paro en esos escrúpulos! En estos tiempos es útil tener amigos en todas partes.

Estela. Cuán bueno sois!

Isaac. Pero no es esto todo.... Quiero daros aun otra noticia mejor. El nuevo embajador Ugonote, enviado por el príncipe de Condé, para estipular las últimas condiciones de la paz, es el mismo Teligny.

Estela. Será posible? Ah! decidme cuando llega?

Isaac. Ya está aquí.

Estela. (*Con la mayor alegría.*) Aquí? En el palacio de Soissons?

Isaac. Sí; en el palacio de Soissons.

Estela. Y cuándo le veré?

Isaac. Antes que la reina.

Estela. Oigo pasos.

Isaac. Aguarda. Ya sé quién es.... (*Tocando el resorte de la puerta secreta.*) Entrad.

ESCENA III.

Los mismos. TELIGNY.

Estela. (*Corriendo á él.*) Ah! sois vos!

Telig. Estela!... (*A Isaac.*) Cuida de que nadie nos sorprenda.

Isaac. (*Aparte, retirándose por la puerta de la galería.*) Pues señor, bueno va; si se casan, mi suerte queda asegurada; y si vence el partido protestante, tendré en él un amigo. Esto se llama saber vivir en tiempo de guerras civiles. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ESTELA.—TELIGNY. (*Mirando en torno suyo.*)

Telig. El oratorio de Catalina de Médicis! Con que es aquí donde la reina celebra sus consejos con los hombres, y dirige sus oraciones á Dios!... Sin duda será aquí donde me reciba.

Estela. Ah! qué es lo que oigo! Os vuelvo á ver, después de una larga ausencia, y apenas entráis, os ocupáis ya de los asuntos de la corte, sin haberme dicho una sola palabra de amor, sin haberse encontrado una sola vez vuestras miradas con las mías! Decidme, no me amáis ya?

Telig. No amarte ya, Estela! y me lo preguntas, cuando me ves en este sitio!

Estela. Sí, teneis razon, soy injusta. Qué mejor prueba de amor podriais darme? Vuestro primer pensamiento, vuestro primer deseo ha sido verme á mí antes que á otro alguno, antes que á la misma reina.

Telig. Sí, he querido verte..... para recordarte mi cariño.... para preguntarte si te ha sido tan larga y tan cruel como á mí esta ausencia.... Pero dime Estela; ¿has oido hablar alguna vez á la reina acerca del acontecimiento que se prepara, acerca de la próxima reunion de todos los gefes protestantes en Paris? No me contestas?

Estela. Es que cuando creia hablar con mi amante, con vos, á quien amo con toda mi alma, veo por mi desgracia que es un embajador protestante el que me interroga.... Ah! decis que esta ausencia os ha parecido larga y cruel, pero por mucho que hayais sufrido en ella, no puede compararse con lo que yo he sufrido.... En nombre de Dios, Teligny, sacadme de esta cruel incertidumbre. Será posible que no me améis ya.... que me hayais olvidado?...

Telig. Estela mia: desecha esas injustas sospechas.... Tu amor arde siempre puro y eterno en mi corazon; pero encargado de una mision importante, mil temores me asaltan á pesar mio; advierte que tengo que presentarme á Catalina de Médicis, á esa muger que

no repara en los medios con tal de conseguir su objeto, y que tanta sangre ha hecho verter á la Francia; á esa muger que vendería su alma por añadir un nuevo timbre á su corona, y una nueva flor de lis á su manto; en fin, á esa muger Júdas, que acaricia y mata....

Estela. Qué decís! Y es posible que vos, conde Teligny, ultrajeis de ese modo á la reina?

Telig. Que la ultrajo, dices. Ah! Cuán bien se vé que tú ignoras la historia de su vida....

Estela. En efecto, la ignoro; pero no ignoro que tiene una alma noble y generosa. A ella debo lo que soy, y nunca ha cesado de colmarme de bondades....

Telig. La hora del desengaño ha llegado, Estela; escúchame. Sabes por qué la reina tiene á su lado con tanto interés y ternura aparente, ese crecido número de damas de honor, todas hermosas, todas seductoras?

Estela. Por qué? decidme.

Telig. Porque por medio de esas bellezas, logra seducir á todos sus enemigos, y poseer de ese modo todos sus secretos.

Estela. Y sería tal su vileza? qué decís?

Telig. (*Estela hace un movimiento de indignacion.*) Sí, te indigna tanta falsía, querida Estela; tú te has conservado pura en medio de esa córte corrompida por el vicio y la depravacion; y al verte tan pura y tan candorosa, juré consagrarte un amor eterno y profundo.

Estela. Ah! Repíteme esa palabra, Teligny: repite mil veces que me has amado, que me amas todavía.... porque sin tu amor no podría vivir!..

Telig. Tu cariño, es mi vida. Sin él la existencia me sería odiosa, y correría á buscar la muerte entre las filas del ejército católico.

ESCENA V.

Los mismos, ISAAC que sale precipitadamente.

Isaac. La Reina!... pronto, pronto, señor Conde....

Telig. A Dios, Estela...

Estela. Ya se acercan, corred. (*Teligny sale guiado por Isaac.*)

ESCENA VI.

ESTELA *sola*.

Dios mio! Sí, es la Reina.... Si fijase en mí su penetrante vista, tal vez conocería por mi agitacion.... Cómo haria para salir sin que me viese! (*Buscando en torno suyo.*) Ah! por esta puerta que conduce á la habitacion de las doneellas de honor. (*Corre á la puerta y levanta el tapiz que la cubre.*) Cielos!.... Cerrada... Ah! ya no hay tiempo... (*En este momento aparece Catalina en la puerta del foro. Estela deja caer tras sí el tapiz, y se esconde detrás de él.*)

ESCENA VII.

LA REINA.—EL CARDENAL DE LORENA.—EL DUQUE DE GUISA.—*Poco despues un OFICIAL.*

Reina. Entrad, señores.... Esta puerta que comunica con la habitacion del Rey, está eustodjada. (*Señalando á la puerta por donde ha salido Estela.*) Esta otra, que conduce á la de mi servidumbre, ha sido cuidadosamente cerrada de orden mia... Estamos solos, nobles señores.... Sentaos, y escuchadme:

Guisa. Hablad, señora.

Reina. Os he reunido, para participaros que el Rey ha consentido, por fin, en la ejecucion del grau proyecto que os propuse, y que ambos aprobasteis... El 24 de agosto, la campana de Saint-Germain dará á media noche la señal, para la degollacion de todos los ugonotes que se hallan en Paris, con motivo de la paz.... Duque de Guisa, cardenal de Lorena, puedo aun contar con vuestro apoyo?

Los dos. Hasta la muerte, señora.

Reina. Entonees, ya no nos restan mas inconvenientes que vencer. La posteridad nos absolverá, cuando sepa que no era posible gobierno alguno mientras que existiesen los ugonotes, porque ellos llevaban el reino á á su total ruina. (*Ruido en la galería del fondo.*) Qué es esto? ¿quién entra?

Oficial. El embajador de los protestantes solicita el honor de presentarse á V. M.

Reina. Podemos oír ahora todas sus proposiciones. (*Al oficial.*) Dejad pasar. (*Bajo al duque de Guisa y al cardenal.*) Ya que empezó el juego, es preciso ganar la partida.

Oficial. El señor conde de Teligny.

ESCENA VIII.

Los mismos.—TELIGNY.—SEÑORES PROTESTANTES.—
(*Teligny hace un gran saludo á la Reina.*)

Reina. Mucho agradecemos á nuestro ilustre primo el príncipe de Condé, que os haya escogido para embajador, conde de Teligny. No he olvidado los altos hechos de vuestras armas, ni que vos fuisteis el primero que subió al asalto en el sitio del Havre, y plantó la bandera de Francia en sus murallas. Tampoco he olvidado que durante mucho tiempo fuisteis uno de los jóvenes que sobresalieron mas en mi corte, y por lo mismo os vuelvo á ver con complacencia en ella.

Telig. Ni yo, señora, he olvidado que á vos debo un título de conde, y al ilustré príncipe de Condé la espada de caballero; que antes de la toma de Havre era un pobre soldado aventurero; y que antes de estas guerras de religion, guerras terribles, combatí al lado de vuestro augusto hijo Carlos IX, cuando hizo sus primeras armas contra los ingleses. Vuelva la paz á reinar entre nosotros, y acabe esta guerra civil desoladora: entonces me veréis de nuevo combatir á los vasallos de Isabel de Inglaterra, bajo los estandartes de Catalina de Médicis.

Reina. Ese es tambien nuestro deseo. Mas creia que os hubiese acompañado vuestro noble protector el respetable almirante Coligny, cuya vida guarde el cielo para temor de los enemigos de la Francia.

Telig. No tardareis, señora, en recibir su homenaje. Le he dejado ya pronto para venir á rendirosle.

Reina. Bendigo su presencia entre nosotros, porque es una prenda de paz.

Telig. La paz es el objeto de mi mision. (*Levantándose.*) Luis Borbon de Condé, mi señor y dueño, primer príncipe de la sangre, me envia á vos, para que os proponga una paz franca, sólida y de buena fe.

Reina. Deploramos tanto como nuestro primo las guerras que diezman los mas celosos servidores de la casa real de Francia; y tanto como vuestro señor, anhelamos que un tratado leal reuna ambos partidos.

Telig. El cielo os oiga, señora! Si tal es vuestro deseo, pronunciad una palabra, y el príncipe de Condé entrará en Paris como vuestro mas fiel y sumiso vasallo.

Reina (Ap.) Eso es lo que necesito. (*Alto.*) Sentaos, pues, señor embajador.... Explicaos.... Qué es lo que pide el Príncipe?

Telig. El libre ejercicio de la religion protestante, sin querellas, sin vejaciones, sin actos arbitrarios.

Reina. Está bien. Nosotros lo anhelamos tanto como él.

Telig. Ya sé que vuestra alma no puede abrigar ninguna otra idea.—Pero en estos tiempos de turbulencias y disensiones, los caracteres mas decididos suelen estrellarse con frecuencia ante las exigencias de los partidos.... Mi señor pide, en nombre de la causa que defiende, conservar guarniciones en las tres plazas fuertes que voy á tener el honor de nombrar á vuestra magestad.

Reina. Y cuáles son?

Telig. Orleans, Blois; Tours. (*Movimiento del Duque de Guisa y del Cardenal.*)

Reina. (*Conteniéndose.*) No pide mas que eso, conde Teligny?... Aunque debia resentirme de semejante desconfianza, no quiero sin embargo dar lugar á un nuevo rompimiento... Francia necesita paz y tranquilidad á toda costa, y no quiero omitir sacrificio alguno para conseguirla.... Asi, pues, tendreis lo que deseais. (*Se oye un tiro fuera, y vase un oficial.*) Qué es esto?—Capitan de guardias, ¿qué ruido es este? (*El capitan se presenta, y se encamina á averiguarlo. A este tiempo sale un oficial muy agitado.*)

Oficial. Señora, el almirante de Coligny acaba de ser herido á las puertas de palacio. (*Murmullos.*)

Telig. Justicia y venganza, señora! Mientras que aqui

estábamos deliberando lealmente, se cometia un asesinato á las puertas de vuestro palacio.... El almirante Coligny es el primer defensor de la causa protestante; es mi protector; á él debo mi existencia, mi gloria, mi honor.... necesito que se haga pronta justicia de tan vil atentado, ó en este instante salgo de Paris con todos los de mi partido.

Reina. Tranquilizaos, conde. Ese crimen me ha indignado tanto como á vos, y os juro que no quedará impune... Pedís justicia? Justicia se os hará. Volved esta noche acompañado de todos los gefes protestantes, y os entregaré públicamente el tratado que debe pacificar en lo sucesivo la Francia... En cuanto al asesino, cuyo castigo me interesa tanto como á vos, estad seguro de que yo sabré hallarle, y juro que su cabeza caerá en un cadalso, aun cuando sustente una corona de duque.

Telig. (*Despidiéndose de la Reina.* Asi lo espero... Dios os guarde, señora.

Reina. Él os guie, conde.

ESCENA IX.

LA REINA.—EL DUQUE.—EL CARDENAL.

Duque. (*A la Reina.*) Permitted que me atreva á dirigiros una pregunta. Si dejais poner al Príncipe guarniciones en las tres plazas fuertes que pide, ¿para qué sirve entonces nuestro proyecto? Los ugonotes serán siempre los amos de la Francia.

Reina. Nada temais: lo que importa es inspirarles confianza, para que se tranquilicen y permanezcan en Paris; en su presencia entregaré esta noche al embajador el acto de la concesion que me exigen; pero yo tomaré mis medidas para que Teligny no llegue á Orleans. Si hay puñales para el almirante Coligny, no faltarán para el conde. (*Se levantan.*) Retiraos, pues, señores, y contad conmigo, como yo cuento con vosotros. (*Vanse.*)

ESCENA X.

LA REINA *sola*.

Maldita fatalidad! Éste incidente inesperado multiplica las dificultades que me rodean. El culpable es sin duda uno de los nuestros... Si le entrego, pierdo la confianza de mi partido; si dejo el crimen impune, los ugonotes se retirarán de Paris.—Oh! necesito reflexionar detenidamente sobre este suceso; pero lo que es preciso evitar antes de todo, es que Teligny llegue salvo á Orleans, y pueda entregar el tratado firmado por mí antes de dar el golpe. Dónde encontraré un hombre bastante decidido, para ser un solo instante el instrumento ciego de mi política? (*Se queda pensativa.*)

ESCENA XI.

LA REINA *y un PAGE*.

Page. (*Anunciando.*) El confesor de S. M.

Reina. No puedo recibirle.

Page. Maese Ruggeri el astrólogo.

Reina. Que vuelva. (*Los dos personajes atraviesan la galeria del fondo y se alejan.*)

Page. Maese Isaac, perfumista de V. M.

Reina. (*De pronto.*) Que entre.

ESCENA XII.

LA REINA.—ISAAC.

Reina. Isaac, necesito un hombre adicto, dispuesto á hacerlo todo, todo, sin reflexionar, sin murmurar; en fin, una alma sin escrúpulos... Tú me has hablado muchas veces de un hombre cuya mano es de hierro; de un hombre que se goza en los peligros... Tráemele pronto.

Isaac. Vuestra magestad es la mas poderosa de las reinas; pero traer ese hombre á palacio, es cosa imposible.

Reina. Imposible!

Isaac. Ha jurado á los nobles y á los grandes un odio tal, que por nada en este mundo pisaria los umbrales de este soberbio edificio.

Reina. No importa; rebozada con mi manto, oculto el rostro con una careta, iré yo misma á buscarle... No será la primera vez que he llamado de noche á tu puerta.

Isaac. Tal vez no bastará vuestra visita, porque es difícil... mas difícil de lo que os parece.

Reina. Dos mil ducados te ofrezco si logro lo que quiero.

Isaac. (*Ap.*) Eso es lo que buscaba... (*Alto.*) Pues bien, señora. V. M. puede venir cuando guste. Desde este momento corro á esperarla.

Reina. Está bien. No tardaré. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ISAAC solo.

Hé aquí una buena ocasión para hacer la fortuna de Tomás, sin echar en olvido la mía... Pobrecillo! le quiero tanto!... Verdad es que también le debo tanto!... Ea, vamos á prepararlo todo para la entrevista. (*Se encamina hacia la puerta. Estela levanta el tapiz, y le cierra el paso.*)

ESCENA XIV.

ISAAC.—ESTELA.

Estela. Deteneos.

Isaac. Cielos!... Estela!...

Estela. Todo lo he oído. (*Cogiéndole del brazo, y en voz baja.*) La casualidad ha puesto en mis manos el destino de la Francia. Me habeis dicho que ante vos todas las puertas se abren, y vuelven á cerrarse para no dar paso á otro alguno. Pues bien, es preciso que hoy se abra esta puerta secreta, para dar paso á otra persona....

Isaac. A otra persona.... Cuál?

Estela. Al conde Teligny.

Isaac. Imposible... El conde Teligny debe ignorar que esa puerta existe.

Estela. El conde Teligny debe ignorar tambien que el dia 24, á las doce de la noche, serán asesinados todos los protestantes que se encuentren en Paris, y sin embargo, lo sabrá hoy mismo por mi voz.

Isaac. Qué oigo! Infeliz!... vas á perdernos... Oh! Eso no es posible; tú no querrás la perdicion de los que profesan tu misma religion, ni la ruina de la Reina, que tanto bien te ha hecho. Amas á Teligny, y deseas salvarle.—No es verdad?

Estela. Sí, y para eso quiero hablarle.

Isaac. Pero ¿juras no descubrirle el secreto que has oido?

Estela. Lo juro, con tal que le vea.

Isaac. Júramelo, por la salud de tus padres, que nunca has conocido.

Estela. Juro por la salud de mis padres, si existen, y su salvacion eterna, si han muerto, que solo le diré que amenazan su vida, y que es preciso que salga de Paris.

Isaac. Bien. Hoy mismo le verás.

Estela. En palacio?

Isaac. En palacio.

Estela. A qué hora?

Isaac. Tú sola puedes fijarla.

Estela. Decís bien. Un page irá á prevenirós.

Isaac. A Dios. (*Hácese que se va, y vuelve.*) Acuérdate de tu juramento.

Estela. No le olvidaré,.... si vos no olvidais vuestra promesa.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

La casa de Isaac.— Todos los utensilios de un alquimista.

ESCENA PRIMERA.

ISAAC (*dejándose caer en una silla.*)

No puedo mas!... Las fuerzas me abandonan.... He corrido todo Paris en busca del conde; ya desesperaba de encontrarle.... Por fin le he visto y todo lo doy por bien empleado con tal que esa locuela no descubra lo que ha oido.... La reina hubiera pensado que yo la habia escondido para espiar sus acciones... y hubiera buscado algun medio de los que ella acostumbra para librarse de mí..... Me teme, pero á pesar de todo sabria hallar ocasion de vengarse..... Oh! de buena hemos escapado..... A estas horas tal vez correrian arroyos de sangre por las calles de Paris.... Asi es el mundo. El mas pequeño incidente da origen á los mas terribles acontecimientos. Una joven imprudente y enamorada hubiera echado por tierra la política suspizaz de Catalina de Médicis, y cambiado el destino de la Francia si yo no se lo hubiese estorbado. (*Llaman.*) Ola!... la reina ya! Dios mio! si habrá sabido.... (*Va á abrir.*)

ESCENA II.

ISAAC.—EL CONDE DE MAUREBERT. (*Vestido de pechero.*)

Isaac. (*Aparte.*) Quién es este hombre?

Conde. Sois vos Maese Isaac, perfumista de la reina?

Isacc. El mismo. Qué me quereis?

Conde. Una silla!

Isaac. Eh!...

Conde. Una silla!

Isaac. Por mi fé que el hombre es llano.

Conde. Vamos... en qué pensais?

Isaac. (*Ofreciéndole una silla.*) Allá voy, allá voy, tomad... (*Aparte.*) Maldito cristiano!

Conde. Acercaos y responded. (*Isaac se acerca receloso.*)

Hará como doce años, poco mas ó menos, que en una noche de carnaval y en una plaza pública de Paris, cayó sin conocimiento á las puertas de un suntuoso palacio un hombre yerto de frio, y transido de hambre; aquel hombre llevaba un niño en los brazos; el niño fue robado durante la congoja del padre no sé por quien.

Isaac. Ni yo tampoco.

Conde. Cuando volvió en sí el hombre se arrojó al río para perseguir á los ladrones. Sacáronle á poco del agua medio muerto y casi sin movimiento. Necesitaba pronto socorros, y fue conducido á la casa mas inmediata, que era la vuestra.

Isaac. Es verdad.

Conde. Permaneció en ella varios dias, al cabo de los cuales maldiciendo una ciudad donde tanto habia padecido, resolvió huir de su patria para ir á buscar la muerte de un valiente en las guerras de Italia. Por motivos que para nada necesitais saber, le hice seguir por todas partes y durante mucho tiempo; pero el encargado de aquella mision murió en breve, y desde entonces perdí la pista de mi hombre.

Isaac. Perdonad, no veo qué relacion pueda tener...

Conde. Poco á poco.... Ahora entro á tratar de vos. Hasta ayer no he sabido que conservabais algunas relaciones con la persona de que os hablo. Decidme, pues, lo que sabeis de ella.

Isaac. (*Titubeando.*) Yo!...

Conde. Dudais?

Isaac. De ningun modo, pero es costumbre (*Jugando con su escarcela.*) cuando se pide un favor, pedirlo de cierto modo que...

Conde. Es cierto. (*Se desabrocha la ropilla.*)

Isaac. (*Alargando la mano y aparte.*) Me ha entendido.

Conde. (*Descubriendo un puñal.*) Hablaeis....

Isaac. Sí señor, sí señor, en seguida.... Ese hombre de quien me hablais se llama Tomas.

Conde. Acabad.

Isaac. Ha estado en el ejército de Italia.

Conde. Daos prisa.

Isaac. Donde ha hecho prodigios de valor.

Conde. (*Con viveza.*) Oh! todo eso ya lo sé.... Qué mas?

Isaac. De resultas de una herida, y desesperando á causa de su negra fortuna de llegar á ser nada en este mundo dejó el ejército y volvió á Paris.

Conde. Pero está en él en este momento?

Isaac. Sí.

Conde. Ah! Y dónde le encontraré?

Isaac. Aqui mismo.

Conde. (*Paseándose con agitación.*) Aqui!... Mi hijo aqui!... Ah! Al fin voy á volverle á ver despues de tanto padecer y de tantos remordimientos.... Mi corazon quiere salirse del pecho.... Llamadle pronto; quiero verle, quiero estrecharle entre mis brazos. Isaac, Isaac, condúceme á donde está.

Isaac. (*Señalando una puerta á la derecha.*) En ese cuarto.

Conde. (*Se precipita hácia él, y de repente se detiene.*) Qué voy á hacer?... No, no es asi como me debe volver á ver. La reparacion debe ser igual á la ofensa. Isaac tú me respondes de él; no salgas de esta casa, y sobre todo te exijo que nada digas de lo que ha pasado entre nosotros. (*Vase.*)

ESCENA III.

ISAAC solo.

El hombre manda que es un gusto. Que no salga de aqui!... Oh! si no fuera porque la reina no puede tardar en venir.... y porque segun se presenta este negocio me parece que me ha de resultar un buen beneficio....

ESCENA IV.

ISAAC.—TOMAS.

Tomas. (*Sale por la puerta de la derecha.*) Dios te guarde Isaac.

Isaac. (*Precipitadamente.*) Buenas noches, Tomas.

Tomas. Muy agitado estás. Sin duda llegas ahora de palacio, y traes entre manos.... alguna nueva intriga. ¿Hasta cuando has de ser esclavo de esos grandes señores, que blasonan de nobleza é hidalguia, y no tienen de noble mas que sus escudos de armas, ni de hidalgos mas que el poder ceñir espada.... que borran del fondo de su corazon los sentimientos sagrados que Dios habia impreso en él y se valen de sus insolentes criados para echar de su casa ignominiosamente á un hijo, porque es el fruto de sus amores con la humilde hija de un pobre plebeyo.

Isaac. Hoy estás de un humor mas sombrío que nunca, amigo Tomas. Por ventura has sufrido algun nuevo contratiempo? Necesitas algo? Habla. (*Levantándose con interes.*)

Tomas. Gracias, Isaac. El mundo te trata de egoista y avaro.... pero para mí siempre fuiste generoso y bueno. No te asombre lo que acabo de decir. Cuando el corazon sufre, los labios dificilmente se sonrien.... Te admiras de que escarnezca á los grandes de la tierra cuando á ellos debo todas mis desgracias, y de que maldiga la suerte, cuando me encuentro solo en el mundo, sin familia, sin nombre, y en una oscuridad de la que no han bastado á sacarme diez heridas recibidas en el campo del honor, ni tres banderas arrancadas al enemigo por este brazo que ha roto veinte espadas.

Isaac. Tienes razon; la desgracia te ha perseguido, pero temo que aun mas que tu mala suerte hayan contribuido tus pesares á hacerte dejar la guerra.

Tomas. Pues bien, sí, lo confieso. Confieso que un lastimoso recuerdo atormentaba mi alma sin cesar; que cuando estaba lejos de mi patria alimentaba la esperanza de que tal vez encontraria á mi hija si volvía á Paris; que no pude resistir, y que vine para ser

aun mas desgraciado. (*Apoya la cabeza en las manos.*) Oh! hija mia, pobre hija mia! cuánto te he llorado, y cuántas lágrimas me cuestas aun!

Isaac. Tu hija! Tu hija! Es posible que no la has de olvidar?

Tomas. Olvidarla.... Ah! no, nunca.... Al contrario, á cada paso creo que voy á descubrir donde está.... Creo verla en todas partes, ya bajo el brillante traje de la nobleza, ya bajo el tosco sayal del pueblo... Cuando encuentro una joven en cuyo rostro veo impresas las huellas del infortunio y de la miseria, me detengo involuntariamente, la miro con ansiedad, y siento que mis ojos se llenan de lágrimas.... Tal vez será mi hija! digo entre mí mismo.... Entonces mi corazón se despedaza, sufro sus mismas penas, y á pesar de ser un pobre soldado la doy hasta mi última moneda. Si por el contrario es hermosa y rica, cubierta de vistosas galas, y rodeada de lujo y esplendor, tambien la miro. Mi corazón rebosa de alegría, y sigo lleno de orgullo la soberbia carroza que la lleva: en seguida, levantando los ojos al cielo, pido á Dios que la conserve largo tiempo feliz, porque tambien entonces digo entre mí mismo.... tal vez será mi hija!

Isaac. Ese dolor es estremado y acabará contigo. Es posible que lloves doce años de lágrimas y tristeza!.. Vamos, vamos; basta ya!... Doce años! Pues hay tiempo para enterrar todas las penas del mundo.... en doce años hubiera olvidado yo padre, madre, hijos, y todos mis ascendientes y descendientes.... Tomas, es preciso olvidar de una vez esa desgracia y pensar en ti.

Tomas. Dices bien, Isaac. Doce años es un plazo muy largo! pero si los hombres olvidan, es porque son felices alguna vez.... yo jamás lo he sido.... Oh! si conocieses á los infames que me robaron mi hija....

Isaac. Y si en el dia te la devolvieran, los perdonarias, Tomas?

Tomas. Perdonarles!... perdonarles.... Qué dices! Su muerte no seria bastante á saciar mi venganza... quisiera tenerlos entre mis manos para derramar la sangre de sus venas gota á gota....

Isaac. (Asustado.) Bueno... bueno... Hablemos de otra cosa... Decia que tu venida de la guerra te ha causado gran perjuicio; porque estoy cierto de que tarde ó temprano hubieras logrado sobresalir en la carrera de las armas. Un hombre como tú que desprecia la vida, que maneja estoque y daga como el mejor caballero de la cristiandad, tiene mucho adelantado para medrar en estos tiempos de alboroto y rebeliones. Escucha sino un ejemplo que te probará lo que digo.—Al dia siguiente de la muerte del buen rey Enrique II halló espuesto el almirante Coligny á las puertas de su morada un niño de tierna edad, que no solo por el finísimo lienzo y ricos paños que cubrian sus carnes, sino por una reliquia que pendiente de una cadena de oro traia oculta en el pecho, mostraba ser de ilustres padres nacido. Acogióle el almirante con bondad, le educó en la religion protestante, y le dedicó al noble ejercicio de las armas; mas como no pudiese darle grado alguno por la oscuridad de su nacimiento, le alistó bajo la bandera de un tercio de aventureros que tenia á sus órdenes el príncipe de Condé. Tantas fueron las proezas del joven durante sus primeras armas, que el mismo príncipe le hizo calzar espuelas de oro luego de la toma del Havre, y le armó caballero. Nuestro rey Carlos IX de gloriosa memoria, á cuyo lado habia combatido, subió al trono por aquel tiempo y premió su valor haciéndole conde.—Desde entonces se titula conde de Taligny, y ha sido nombrado embajador de los protestantes... Juzga tú ahora si no pudiera tu espada haberte deparado igual fortuna.

Tomas. Nací con mala estrella, Isaac, y así como hasta ahora, hubieran sido inútiles mis esfuerzos en lo sucesivo. Mil veces he buscado la muerte en las batallas presentándome al enemigo con la cabeza desnuda y el pecho descubierto; ni aun esa gracia ha querido Dios concederme. Pero todavia tiene todo remedio. No quiero serte mas gravoso. Adios.

Isaac. (Deteniéndole.) Dónde vas? Crees por ventura que yo te dejaré marchar así, ó acaso te han ofendido mis palabras? Si así es, perdóname, Tomas;

porque solo el deseo de verte feliz es el que me ha movido á hablarte de tu venida. Piensas que he olvidado ya lo que te debo? que si no fuera por tí no existiria en este momento? ¿Piensas que no recuerdo aquella noche en que salvaste mi vida y mis riquezas juntamente.... Mira, Tomas, tú me debes mas parte en tus desgracias de la que crees, y por lo mismo lo daria todo en el mundo por saber que llegabas á ser dichoso....

Tomas. Qué dices? No te comprendo.

Isaac. Oh! ahora no puedes entender el sentido de mis palabras; tal vez no está lejos el dia en que las comprendas.... Escúchame: yo no he tenido muger, ni hijos, ni pariente alguno á quien llorar; he vivido siempre solo en el mundo, solo como un ermitaño, y aborrecido como... un judío. Nadie ha tenido piedad de mí; solo tú me hiciste bien, y por lo mismo me has interesado. Cuando te marchaste para las guerras de Italia lloré como un niño.—¿Quieres una prueba mayor de mi cariño?—Voy á dártela.—Yo soy avaro, muy avaro; codicio mas las riquezas que el demonio las almas, y tengo mas apego al dinero que tú á la gloria.... jamás he reparado en los medios con tal de haberle á las manos y verle brillar en mis arcas.... En fin, es tal mi pasion por el oro que no sé lo que no sacrificaria por él.... pues bien... por grande que fuera la cantidad que me pidieras no sabría negártela.

Tomas. Segun eso eres muy rico?...Cuál es, pues, tu empleo en esa corte que te adula y te teme, para ganar las riquezas que atesoras?

Isaac. Mi empleo público.... perfumista.... Mi empleo privado es un secreto entre Dios y yo. Dia vendrá en que tendré que darle cuenta de él, y por cierto habré de tardar en rendirla porque es muy larga.... La lástima será que no podré poner en un platillo de la balanza mis ducados, para hacerla inclinar en mi favor.... Pero dejemos esto á un lado.... Lo que ahora importa es que tú mejores de suerte, y para ello es preciso que tengas entrada en la corte.... Yo he hallado un medio.

Tomas. Jamás.

Isaac. La reina se muestra propicia.

Tomas. Jamás, vuelvo á decirte, *Isaac.* Odio á los cortesanos aun mas que á los que me raboron mi hija.

Isaac. Y ese odio le empleas contra tí. Pobre insensato! Y yo! ¿Crees que no los odio con toda mi alma?..

Yo que antes de ahora he tenido que escuchar sus insultos paciente y humilde.... Oh! pero de cuán diferente modo me tratan ahora, y cuán bien me vengo! Ahora el judio *Isaac* es temido de la misma *Catalina de Médicis*, porque posee todos sus secretos.

Tomas. Será posible?

Isaac. Imítame, *Tomas.*— Devuelve á los hombres todo el mal que te han hecho. La corte es un escelente pais para conseguir venganzas y satisfacer odios. (*Llaman.*) Oyes? Quién sabe si será la fortuna.... Es una dama tan caprichosa que á veces llama á la puerta de los pobres cuando menos se la espera.... La habilidad está en no recibirla mal.

ESCENA V.

LOS MISMOS.—LA REINA.

Reina. (*Enmascarada.*) Es ese?

Isaac. Ese mismo.

Reina. No me conoce?

Isaac. No señora, podeis quitaros la mascarilla. (*Isaac se retira al foro, cruza los brazos y se apoya contra la pared.*)

Tomas. (*Volviéndose.*) Una dama aqui!... Por vida mia que esto tiene trazas de aventura!

Reina. El cielo te guarde, *Tomas.*

Tomas. (*Descubriéndose.*) Qué oigo! Sabe mi nombre! Bien venida seais, hermosa señora; creia hasta ahora que mi nombre era ignorado de todo el mundo.

Reina. Esa modestia sienta mal á un hombre de guerra que muestra en sus cicatrices la mejor prueba de su valor, y que ha hecho llegar hasta la corte la fama de sus proezas.

Tomas. (*Con cierto desagrado.*) Ah! Sois de la corte, señora?

Reina. Sí; ¿Os apartais de mí por eso?

Tomas. (*Dando vueltas á su gorra.*) Temo, señora, á los palaciegos.

Reina. Por qué?

Tomas. Por instinto solamente.

Reina. Pues vuestro amigo Isaac pertenece á la corte, y me parece que no le va del todo mal en ella.... Creedme, Tomas; burlaos de esos falsos rumores que corren acerca de los palacios de Soissons y del Louvre. Solo allí hacen justicia al mérito y al valor.... Solo allí encuentran recompensa los servicios; preguntad sino á vuestro amigo Isaac.

Tomas. Señora: lo que ambiciono, ante todo, es ser libre é independiente... A pesar de que nací del pueblo, y tal vez porque soy del pueblo, necesito sentir latir mi corazón con entera libertad en el pecho.

Reina. Y qué ambicionais, pues, en el mundo, si no ambicionais honores? ¿Creeis, por ventura, que la gloria se consigue fácilmente desde el oscuro puesto en que os hallais? ¿Vacilariais acaso si la Reina, cuyas bondades no tienen fin, se dignase hacer resplandecer sobre vuestra oscuridad y vuestra humilde cuna una brillante aureola: si sacándoos de entre la multitud en que os hallais confundido, premiase vuestro valor, cubriendo vuestros hombros con el manto heráldico de noble?

Tomas. Noble! Yo noble! Y alternaria con esos grandes que me han despreciado y perseguido! Qué idea! (*Se oye llamar con gran ruido á la puerta.*)

Reina. Qué ruido es este? Qué significa ese bullieio? esas luces?... Alguna traicion tal vez...

Isaac. (*Mirando por la ventana.*) Dios mio! Es el hombre que estuvo hace poco.

Tomas. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Nada temáis, señora. Yo abriré.

ESCENA VI.

Los mismos.—EL CONDE.—CABALLEROS.—PAGES
y CRIADOS con teas.

Reina. (*Poniéndose la máscara.*) Pronto, Isaac, ó van á verme....

Isaac. (Abriendo la puerta de la derecha.) Venid, señora, venid. (Vase la Reina.)

Tomas. (Asombrado.) Cielos! El conde de Maurebert!

Conde. No; tu padre, tu padre arrepentido, que viene á pedirte perdón por el ultraje que te hizo, alucinado por un necio orgullo: tu padre, que viene á buscar su hijo para presentarle á la Francia, y condecorarle públicamente con las insignias que honran su nombre por mas de quinientos años, haciéndole uno de los mas ilustres del Reino.

Tomas. (Fuera de sí.) Es un sueño! un sueño de felicidad y alegría; padre mio! Ah! dejadme cerciorar de que sois vos... de que es vuestra santa palabra la que áeabo de oír... No me atrevo á creer que os veo delante de mí... y que habeis venido á buscarme hasta este pobre albergue!

Conde. Sí. He venido á buscarte hasta aqui, porque solo con la cabeza erguida y la frente pura de todo ultraje, debias volver á entrar en la casa de donde fuiste echado injustamente. Perdóname, hijo mio, si hasta este dia he retardado el glorioso y solenne instante de tu reconocimiento; pero me asaltaban todavía algunas dudas, y no me atrevia á decidirme... Desde aquella noche fatal, mi vista te ha seguido por todas partes... Tu valor, tu grandeza de alma y tus virtudes llegaron hasta mis oídos... y mi corazón se conmovió... las lágrimas arrasaron mis ojos... Ah! entonces conocí que era padre. Una voz, la voz de Dios, me dijo: Él es!... No pude resistir mas, y vine á buscarte para que sirvas de apoyo á un pobre anciano que todo lo ha renunciado en tu favor... Tomas, las ofensas de un padre, son como los ultrajes de un niño... Perdona al tuyo, hijo mio, y estréchale entre tus brazos.

Tomas. Padre! padre querido! Qué instante de delicias! Oh! por qué no viene la muerte despues de tanta felicidad!

Conde. (Levantándole.) No; es preciso vivir todavía para la gloria de tu patria, para el honor de tu familia, y para recibir el postrer suspiro de un padre que se siente cercano á la tumba, y tiene ya pocos dias que pasar en la tierra al lado tuyo... Arrodílla-

te ahora, hijo mio, y recibe de mi mano las insignias que te pertenecen... (*Tomas se arrodilla; el Conde le pone al cuello el collar de la orden de san Miguel; otro caballero entrega su espada; un tercero le coloca sobre los hombros el manto bordado de flores de lis: por último, le ciñe otro la espuela de oro.*) Levantáos, ahora, conde de Maurebert, y sobre este escudo, que es el lema viviente de vuestra familia, jurad conservarle puro de ultraje ni mancha; jurad morir antes que deshonrarle!

Tomas. (*Tocando el escudo con su espada.*) Lo juro.

Conde. El cielo te colme de felicidades. Desde este momento bajaré tranquilo al sepulcro, porque mi nombre vivirá en tí, y al exhalar mi postrer aliento, hallaré una mano cariñosa que cerrará mis párpados. Ven, hijo querido; ven conmigo á la misma casa, cuyas puertas se cerraron inhumanamente para tí en otro tiempo.

Tomas. Ya os sigo, padre mio.

Conde. Paso.... paso, al noble conde de Maurebert!...
(*Vanse.*)

ESCENA XI.

ISAAC.—LA REINA.

Isaac. (*Llamando á la Reina.*) Señora!

Reina. Ya lo oíste, Isaac... No podemos contar con ese hombre... y sin embargo, necesito un brazo, una espada... El tiempo urge... el menor retraso puede perderlo todo. Isaac, te he colmado de bondades, te he hecho rico, poderoso... te haré aun mas rico y mas poderoso si llevas á cabo mi proyecto.... Era ese hombre el único que podia servirme!

Isaac. Sí, el único que pudiera servirme... y callar.

Reina. Pero es imposible que el indómito Tomas, conde de Maurebert, se preste á ser un instrumento dócil para mis proyectos!

Isaac. (*Pegándose en la frente.*) Esperad... Oh! pero no...

Reina. Habla, Isaac.

Isaac. (*Ap.*) Es el único medio de volverle su bija sin comprometerme. (*Alto.*) Tengo un medio, señora; pero un medio terrible.

Reina. Que puede salvarme?

Isaac. Y perderme, si se deseubre.

Reina. Perderte! Cuando la Reina te ampara con su poder... qué peligro puede arredrarte?... Yo respondo de tu vida; tu fortuna será desde este instante mas inmensa que ninguna otra de la Francia. Tendrás á tu disposieion las arcas del tesoro. Habla pronto, y te empeño mi palabra real de que tendrás euanto te he prometido.

Isaac. Eseuchadme, pues. Tomas ha encontrado su padre, pero llora á su hija, y la llora hace doce años. Estoy seguro que por ella no hay nada que no sacrifique.

Reina. Pero ¿y esa hija, donde está? ¿Quién puede devolvérserla?

Isaac. Yo, señora. Se la robé para haecer de ella un instrumento de fortuna... Ya conocereis que debo temerlo todo, si alguna vez llegase á saber...

Reina. Vuelvo á decirte que yo respondo de tu vida... Acaba, quién es esa jóven?

Isaac. (Llaman con fuerza á la puerta.) Sileneio!...
Escondeos. (Catalina hace un movimiento para retirarse.)

Isaac. (Preguntando.) Quién llama á mi puerta despues del toque de oraciones?

Page. (Dentro.) Un page de buena casa, Maese Isaac.

Isaac. (Corre á la puerta y abre.) Ah!

Page. Para vos, de parte de Estela, dama de honor de la Reina. (Entregándole un pergamino.)

Isaac. (Algo turbado y dándose prisa á despedir al page.) Está bien. (El page se retira. Catalina, que todo lo ha observado, colocándose delante del rostro la mascarilla, se acerca á Isaac, que habrá intentado esconder la carta.)

Reina. (Aparte.) Por qué se turba? (Alto.) Es preciso que yo lea esa carta.

Isaac. Señora, V. M. habrá oido sin duda que es para mí... y advertirá tambien que viene sellada...

Reina. En la córte de Catalina no puede haber secretos para la Reina... Date prisa á entregármela, Isaac... porque tu obstinacion y silencio á nada conducirian

mas que á incurrir en mi desgracia , y yo sabria hallar medios despues de arrancar ese secreto á Estela.

Isaac. (Aparte.) Tiene razon. Si me resisto mas, Estela es perdida... Leed , pues , señora. (*Alto y abriendo la carta.*)

Reina. (Leyendo.) «A media noche.—Advertid á Teligny.»—Una cita!... Teligny una cita con Estela!... Y tú me lo ocultabas!... Oh! Esta cita á media noche encierra algun misterio que yo descubriré , y os juro que si hay en él algun culpable , sentirá los efectos de mi venganza.

Isaac. V. M. podrá hacer lo que guste. Solo la advertiré que esa cita no vale la pena de ocupar su real ánimo , porque es simplemente una cita amorosa ; y que si intenta castigar á los dos amantes , se espone á cometer un desacierto , porque la jóven de quien la hablaba cuando llamó ese page , la hija que Tomas llora perdida , es Estela...

Reina. Estela!

Isaac. (Aparte.) Ya la salvé.

Reina. (Aparte.) Oh! Conde de Teligny , tú mismo te entregas en mi poder. (*Alto: con doblez.*) Tienes razon , Isaac... Nosotros no debemos ocuparnos de los amoríos de esos muchachos. Lo que importa es volver á Tomas esa hija , y que él se ponga en nuestras manos... Toma este pergamino , haz que ponga en él su firma. Solo con esta condicion le será devuelta su hija.

Isaac. Seréis obedecida , señora.

Reina. (Volviendo.) Ademas , es preciso que adelantés una hora la cita de Estela y su amante , porque podrian estorbarme á media noche.— A las doce te situarás en la puerta secreta de mi oratorio , con dos hombres de tu confianza.

Isaac. Para qué ?

Reina. Para sacar un cadáver de palacio.

CUADRO SEGUNDO.

Salon de embajadores, magníficamente adornado.—
Galería al foro.—Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

ISAAC.—LA REINA.

La Reina está sentada al lado de una mesa; Isaac tiene en las manos dos sacos de dinero.

Reina. Por consiguiente, estás seguro del efecto de este anillo?

Isaac. Jamás habeis hecho mejor regalo á vuestros enemigos; el simple contacto del activo veneno que recela esa sortija con la sangre de eualquier ser viviente, ocasiona una muerte cierta é instantánea. El artífice ha encubierto ingeniosamente el resorte, y la sola presion del dedo hace salir el aguzado dardo que ha de eausar la herida y contaminar á la víctima. En cuanto á la eficacia del veneno que ahíse oculta, tened entendido que sus efectos son tan rápidos como el relámpago, y tan mortíferos como la misma *cantarella* de los Borgias.—Puedo jurároslo, como que no hay mas que un solo Dios en el cielo, y una gran reina en la tierra.

Reina. Bien: dentro de dos horas está dispuesto con tus hombres para hacer lo que te he mandado.—Yo me encargo de prevenir á Estela, para que esté pronta á abrazar á su padre.

Isaac. No faltaré, señora. (*Vase la Reina.*)

ESCENA II.

ISAAC solo.

Dos mil dueados por la sortija, tres mil por la firma de Tomas; total einco mil dueados.... No se puede negar que la reina Catalina es espléndida y magnífica. (*Estrechando los talegos contra su corazon.*) Hé aqui mi delicia.... mi gloria.... la verdadera gloria.... (*Ruido dentro.*) Alguien viene.... Aqui estoy mal.... Vamos á ver si estos ducados tienen el peso de ley. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL CONDE DE MAUREBERT.—TOMAS MAUREBERT:—UN GRUPO DE CABALLEROS.—*El conde sale apoyado en el brazo de su hijo.*

Conde. (Dirigiéndose á los caballeros que le rodean.) Sí, señores; hé aqui mi hijo; vengo por la última vez á la córte para presentarle. Vuestros padres fueron mis amigos; á vosotros le recomiendo, porque sois la flor de nuestra jóven-nobleza. Es digno de vuestra amistad, señores; es noble y valiente como vosotros; mucho tiempo antes que llevase el ilustre nombre de Maurebert, habia cubierto ya de gloria el suyo, distinguiéndose por su valor. Nuestros mas denodados guerreros le han visto á su lado en las mas sangrientas peleas; su pecho cubierto de honrosas cicatrices, abriga un corazon noble y generoso.... Luego que le hayais conocido, le estimareis y le amareis, no solo como á un amigo, sino como á un hermano. En cambio, estad seguros que sabrá pagaros cariño por cariño. (*Todos los caballeros se retiran, despues de haberlos saludado.*)

ESCENA IV.

EL CONDE DE MAUREBERT.—TOMAS MAUREBERT.

Tomas. Descansad un instante, padre mio.... Tantas emociones á la vez....

Conde. (*Sentándose.*) Sí, dices bien; tantas sensaciones halagüeñas, agotan las pocas fuerzas de un anciano; ven... siéntate á mi lado, Tomas.... á mi lado, mira que tú eres mi gloria y mi felicidad en el dia; eres mas para mí, que la corona de conde!... (*Le mira fijamente.*) Pero me parece que estás triste, hijo mio! qué nuevo pesar arruga tu frente? qué tienes? Por ventura, la perspectiva de tu brillante suerte, ha producido en tí ese efecto? Di, te ha asaltado repentinamente alguna de esas pasiones de córte, que corroen el corazon? La ambicion, por ejemplo...

Tomas. La ambicion, padre mio!... Oh! no, no la conozco.... pero os confieso que apenas he entrado en la córte, y ya me cansa horriblemente... No puedo sufrir esas sonrisas pérfidas de los cortesanos; en sus rostros veo impresas la falsía y la perfidia.... Oh! quisiera no haber entrado en estos salones, porque en ellos se respira un aire que hiela y marchita.... quisiera estar ya lejos de palacio.

Conde. Pues bien, hijo mio; si acostumbrado al ruido de los combates, á la ruda franqueza y libertad del soldado que aventura todos los dias su vida, no puedes avenirte con la existencia ociosa y placentera de la córte, nadie te obliga á vivir esclavo en ella... Vuelve á vestir la armadura de guerrero, y da nuevos dias de gloria á tu patria, al paso que alcanzas nuevos laureles y engrandesces mas y mas el eselarecido nombre que llevas. Yo renunciaré gustoso al dulce consuelo de tenerte á mi lado, con tal de que sepa que eres feliz.

Tomas. Feliz yo, padre mio! Oh! nunca podré serlo., Entonees, como ahora, me hará verter lágrimas la memoria de mi hija.... (*Durante la escena anterior, se habrán ido formando grupos de señores y nobles que esperan la salida de la Reina.*)

ESCENA V.

Los mismos.—UN UGIER.—LA REINA.

Ugier. (*Anunciando.*) La Reina.

Tomas. (*Aparte.*) Cielos! Qué veo!... Es ella!... La tapada de casa de Isaac!

Reina. Grande es mi satisfaccion, por encontraros aqui reunidos, señores. Dentro de breves instantes el embajador de los protestantes recibirá de mi propia mano, delante de la córte, el solemne tratado que debe poner fin á la guerra civil.

Conde. Dignaos permitir, señora, que presente entretanto á V. M. el noble heredero de los condes de Maurebert. Entregado hasta el dia á las fatigas de la guerra, no ha tenido ocasion de venir á postrarse á vuestros pies.

Reina. Conde, ha llegado hasta nos antes de ahora la noticia de las hazañas de vuestro hijo, y habeis adivinado nuestros deseos presentándole en la córte, porque ya mas de una vez habíamos pensado en llamarle á ella, para recompensar dignamente su valor. La reina Catalina, que desea premiar en toda ocasion á los leales defensores del Rey su hijo, os concede en nombre suyo el empleo de Capitan de su guardia francesa, jóven conde de Maurebert.

Tomas. (*Hincando la rodilla en tierra, y besando la mano á la Reina.*) Acepto gustoso tan honroso encargo, señora, y juro que el conde Maurebert sabrá defender vuestra causa con igual lealtad que el aventurero Tomas.

Reina. (*Alto.*) Asi lo espero.—(*En voz baja.*) Qué os parece ahora de la córte?... No es acreedora la reina Catalina á vuestra gratitud, señor capitan?

Tomas. (*Confuso.*) Señora...

Conde. Quisiera poder expresar todo el agradecimiento que siente mi corazon, y que mis años no me estorbaran arrojarme á vuestros pies, para rendir debidamente las gracias á la reina de Francia. (*La besa la mano.*) Dadme, señora vuestro permiso para retirarme.

Reina. Luego no asistís á la ceremonia?

Conde. Perdonad, señora... mi avanzada edad debe excusarme...

Reina. Marchad, pues, y no olvidéis que os veremos siempre con agrado al lado nuestro. (*El conde saluda respetuosamente y se retira. Tomas le acompaña hasta la puerta. Los cortesanos se agrupan al lado de la Reina.*)

ESCENA VI.

Los precedentes.—UN HERALDO DE ARMAS.—EL CONDE TELIGNY, Y LOS GEFES DE SU PARTIDO.

Heraldo. El conde Teligny. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VII.

LA REINA.—TELIGNY.—TOMAS, Y LOS GEFES DE AMBOS PARTIDOS.

Teligny. (*Despues de saludar á la reina.*) Señora, esta es la hora que os dignásteis señalarme. Cumpliendo con vuestros deseos he reunido todos los gefes de la religion reformada que se hallaban en Paris para dar á este acto toda la solemnidad que merece.

Reina. (*Entregándole un pergamino arrollado y sellado con el sello real.*) Hé aqui, señor embajador, el documento que debe asegurar la paz, la gloria y la prosperidad del reino!

Teligny. (*Cogiendo el pergamino, y dirigiendo la palabra á los de su partido.*) Mañana, señores, recibirá este tratado completa ejecucion en toda Francia. Dentro de pocas horas salgo para Orleans, donde me espera nuestro ilustre gefe el príncipe de Condé á la cabeza del ejército.

Reina. (*Aparte.*) Te engañas, Teligny; dentro de algunas horas habrás cesado de existir. (*Alto.*) Conde, el cielo os guie á su lado con la felicidad que yo os deseo.

Teligny. El os escuche, señora, y os conserve largos años sobre el trono de Francia para ilustrar el reinado de vuestro augusto hijo. (*Vase Teligny y los protestantes por el foro. La reina entra en la habitacion de Estela. Todos los nobles se inclinan y se retiran conversando. Tomás, que habrá estado durante la escena anterior delante del grupo de nobles que ocupaba el centro del teatro con aspecto sombrío y pensativo, vuelve de su meditacion y los sigue paso á paso. A este tiempo se abre la puerta del cuarto de la reina y aparece Isaac.*)

ESCENA VIII.

TOMAS.—ISAAC.

Isaac. (*Abordándole.*) Salud, noble conde de Maurebert.

Tomas. (Volviéndose.) Qué veo! Isaac! (*Corriendo hacia él.*) Ah! no creas que te habia olvidado, amigo mio.... Mi padre queria presentarme al instante mismo á la Reina..... y apenas he tenido tiempo para vestir el traje de corte..., Oh! pero no por eso olvidaba al hombre que me socorrió en mis desgracias, y deseaba volver á abrazarle para demostrarle que si mi suerte habia cambiado, no por eso habia cambiado mi corazon.

Isaac. Tomas?... qué digo?... Perdonad, señor conde.

Tomas. No, no, para tí siempre soy Tomas; te exijo, te pido que me des siempre ese nombre, que me hables siempre con la misma franqueza.

Isaac. Pues bien. Tomas, estoy contento porque te veo dichoso. Eres dichoso, no es verdad?

Tomas. Sí, Isaac; soy dichoso cuanto hombre puede serlo en mi situacion. Ahora poseo riquezas, honores, valimiento. Mi ambicion puede aspirar á todo en lo sucesivo.

Isaac. Es decir que ya nada te falta para tu felicidad.

Tomas. (Pensativo.) Nada..... Oh! si..... aun me falta una cosa.

Isaac. Y tu hija, Tomas?

Tomas. Mi hija? Oh!.... Cuán cruel eres, Isaac!... No necesitaba que me la recordaras.

Isaac. No te seria muy grato el poder estrechar á tu hija entre tus brazos, aunque fuese á costa de todos tus títulos y honores?

Tomas. Oh! Sí, ahora mismo me despojaría de estas insignias que tanto me envanecen y de nuevo volvería á mi vida de privaciones y miseria, con tal de abrazar á mi hija. ¿Sabes tú, Isaac, lo que es el amor de un padre á su hija?... ¿Sabes que cuando un hombre ha llegado alguna vez á gustar las delicias de ese amor, siente dentro de sí un encanto infinito del que no puede dar una idea? El amor de un padre es su orgullo, su mas dulce ilusion. Él forma sus ensueños durante la noche, y sus esperanzas durante el dia: por él encuentra un apoyo en el porvenir..... y todo esto lo he perdido, lo he perdido para siempre! (*Sollozando.*)

Isaac. (*Aproximándose muy cerca de él.*) Y si aun viviese tu hija!

Tomas. (*Levantándose vivamente.*) Si aun viviera dices? Dios mio!

Isaac. En fin; si aun fuese posible devolvértela!

Tomas. Qué es lo que dices?... Oh! Guárdate de hacer alimentar una falsa esperanza á este corazon tan despedazado. El desengaño seria despues tan cruel que tu misma amistad no bastaria á librarte de mi furor.

Isaac. Pues bien, Tomas, tu hija existe!

Tomas. (*Fuera de sí.*) Será cierto? En nombre del cielo dime que no me engañas.

Isaac. (*Desarrollando un pergamino.*) Firma aqui.

Tomas. Una firma en blanco! para qué? No te comprendo.

Isaac. Firma... y volverás á ver á tu hija.

Tomas. Volveré á ver á mi hija!... y quién me responde?

Isaac. Yo; Isaac, tu antiguo amigo, que nunca te ha engañado.... Tienes confianza en mí?

Tomas. Sí; sí.... (*Firma.*) Y ahora, quién me devolverá mi hija?

ESCENA IX.

LOS MISMOS Y LA REINA.

Reina. (*Abriendo la puerta de su cámara.*) La reina Catalina de Médicis. (*Coje el pergamino.*)

Tomas. (*Inclinándose.*) La reina!

Reina. Reconoces esta cruz?

Tomas. Ella es! la cruz de mi hija! La cruz que llevaba al cuello.... Hija mia! Dónde está mi hija?

ESCENA X.

Estela. (*Echándose en los brazos de Tomas.*) Padre mio!

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA *sola.*

Esta es la hora.... Dentro de algunos instantes una estocada habrá roto la infernal trama fraguada contra mí por los ugonotes.... Sus gefes, gracias á mi política no saldrán de Paris, y el príncipe de Condé no podrá recibir el tratado de paz. Es preciso que haga consentir al rey mi hijo en que se acelere, si es posible, la hora del esterminio de los protestantes. Pero antes hagamos salir á Estela de su estancia para que él se encuentre solo, y enteramente á merced mia. (*Llama á la puerta del cuarto de Estela.*)

ESCENA II.

ESTELA.—LA REINA.

Estela. (Asustada.) La reina!

Reina. Venia á buscaros, Estela; atormentada por una melancolía cruel he entrado en este oratorio para buscar un consuelo en vos, como una hermana acude en sus pesares á otra hermana.... Os necesito, Estela; aun no está muy avanzada la noche.... el reloj de palacio acaba de dar las once, y desearia que me ayudáseis á conciliar el sueño con alguno de esos cánticos sagrados que vos ejecutais con tanta dulzura que llegan al corazon y destierran de él la tristeza.... Id hija mia, id á esperarme á mi estancia, que ya os sigo.

Estela. (Aparte.) Las once! Aun falta una hora. Resistirme sería dar que sospechar. Dios mio! velad sobre él.... (*Vase.*)

ESCENA III.

LA REINA *sola.*

(*Pausa.*) Ciertamente tú estás muy distante de pensar en la muerte que te espera, Teligny.... En este momento tus pasos se encaminan hácia aquí.... y tal vez sonries con la dulce idea de los momentos deliciosos que vas á pasar al lado de tu amada.... El cielo es el que te entrega en mis manos solo y desarmado en el silencio de la noche.... Ningun poder en el mundo es capaz de salvarte.... (*Acercándose á escuchar á la puerta secreta.*) Oigo ruido..... El es sin duda..... Ocúltémenos de su vista. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

TELIGNY *solo. (Por la puerta secreta y en trage de camino.)*

Apenas me atrevo á dar crédito á mis ojos.... Yo, el embajador de los protestantes en el palacio de Catalina para una cita amorosa! Yo, enemigo suyo, sabedor de las entradas ocultas, de los pasadizos subterráneos que conducen hasta su estancia!.... Por mi fé que no me faltará que contar en llegando al ejército.... Gracias á Isaae y á un poco de oro he llegado hasta aquí donde Estela me espera.... Por fin, he conseguido esta cita que hace tanto tiempo deseaba.... Oh! Isaae es un buen servidor, y la habrá convencido. Esta es su estancia.... (*Señalando á la puerta de la habitacion de Estela.*) No hay tiempo que perder.... Entremos.... (*Se acerca á la puerta y la empuja.*) Abierta!... Ah! su amor todo lo ha previsto.... Sin duda me aguarda impaciente. (*Entra.*)

ESCENA V.

CATALINA sola.

(*Se acerca con lentitud, cierra la puerta y deja caer sobre ella el tapiz.*) Ese será tu sepulcro!... Ven ahora cuando quieras, Maurebert.... Oh! por qué no habrá vuelto ya.... Mucho tarda para mi impaciencia. (*Pausa. Oyese llamar á la entrada de la puerta secreta.*) Ah! Ya está aqui. (*Corre á la puerta y la abre. Tomas aparece embozado en una gran capa. Lleva al lado espada y daga.*)

ESCENA VI.

TOMAS.—LA REINA.

Tomas. Le he buscado inútilmente, señora.... No he podido encontrarle.

Reina. (*En voz baja y con aire impaciente.*) Está aquí. El mismo se entrega.

Tomas. (*Con alegría.*) Deedid mas bien que Dios quiere salvarle!

Reina. No hay que perder tiempo.... Es preciso que perezca. El cielo le pone en nuestras manos, y puedes herirle sin riesgo alguno. Nadie vendrá á socorrerle.

Tomas. Mucho os engañais, señora, si ereeis que mi brazo servirá de instrumento para vuestro proyecto en este palacio. Darle muerte mientras esté en él bajo la salvaguardia de vuestra hospitalidad, seria una infamia, un crimen.... Sí, un crimen, no os sonriais señora! Cuando consentí en salir á esperar á Teliguy porque me arrancásteis con doblez y engaño la palabra, no fue con la inteneion de cometer un vil asesinato, no fue para herirle por detras villana y cobardemente.... No, no; salí para cruzar con él mi acero lealmente, como suelen hacerlo los hombres de honor, corriendo los riesgos de un duelo en el que tal vez hubiera recibido la muerte; pero si pensais que yo he de emplear mi brazo aqui, contra

un hombre desarmado é indefenso, os equivocais, señora; nunca Tomas Maurebert, á pesar de haber nacido entre el pueblo, consentirá en un crimen tan vil y bajo.

Reina. Acuérdate de lo que me debes; acuérdate que me has prometido obedecerme eiegamente. Conde de Maurebert, pues que sois tan pundonoroso, yo reclamo ahora vuestra palabra de caballero.

Tomas. Y quién os dijo que empeñase mi palabra para cometer un crimen? Invocais, señora, mi honor cuando me proponeis un asesinato.... Miserable escarnio!

Reina. Señor capitán!

Tomas. Sí, es verdad, me habeis hecho capitán.... me habeis dado estas insignias.... Este era sin duda el precio de la sangre que queriais derramar, y por eso me le pagábais adelantado? Pues bien, abomino estas insignias, y las desprecio tanto como á vos: tomadlas. (*Las arroja al suelo.*) Soy libre desde este momento; os dejo, señora; salgo de vuestro servicio y de la corte, porque me creeria deshonrado si continuase por mas tiempo en ella.... Guardad vuestros favores, vuestras distinciones; no las necesito; vuelvo á ser simplemente conde de Maurebert. Si quereis mi título, tomadle tambien. Volveré á llamarme el plebeyo Tomas Maurebert.... la conciencia me dice que mas vale ser Tomas pobre y plebeyo que el muy ilustre conde de Maurebert poderoso y deshonrado.

Reina. Tú olvidas sin duda que me perteneces, que eres mio cuerpo y alma.

Tomas. Vuestro orgullo os lo habrá hecho creer asi.... Yo perteneceros! Locura! Yo no pertenezco mas que á mi patria y á Dios.

Reina. Pero estás en mi poder! puedo perderte si quiero... quitarte el honor juntamente con la vida. Habré de repetirte lo que te decia hace poco en mi real cámara... Todo, hasta la confesion de un crimen puede escribirse sobre la firma en blanco que tengo tuya....

Tomas. Hacedlo, si os atreveis; yo descubriré á mis jueces el lazo infame en que me habeis hecho caer

para hacerme vuestro esclavo, el instrumento ciego de vuestros siniestros proyectos, y me creerán.

Reina. No te creerán, porque la que entregue tu firma en blanco, seré yo, la reina de Francia, y los jueces que te juzguen serán los que yo haya convocado.

Tomas. Horrible verdad!

Reina. Pero dejemos las amenazas. Jamás he pensado recurrir á tal extremo; y para probártelo, quiero olvidar por algunos instantes el interés urgente que me obliga á pedirte la muerte de Teligny; quiero ocuparme de tu familia y de tu honor, que no há un instante me acusabas de querer maneillar.... Voy á hablarte de tu hija.

Tomas. De mi hija, señora! y en este momento!... Por Dios, que no sé qué pensar de vos.

Reina. No ignoras cuánto amo á Estela: no ignoras lo que he hecho por ella... Pues bien. Tu hija, ese ángel de pureza é inocencia, será espulsada mañana mismo ignominiosamente de la corte, á pesar de ser la reina su segunda madre.

Tomas. Mi hija!

Reina. Sí, porque todas las noches este palacio es testigo de sus amorosas citas con un hombre.

Tomas. (En el colmo de la ira.) Con un hombre? En nombre del cielo, decidme quien es.

Reina. Le matarás.

Tomas. Mi hija seducida! Oh! decidme quién es, por piedad!...

Reina. Pero le matarás?

Tomas. Su nombre, su nombre....

Reina. El conde Teligny!... En este momento se oculta en el cuarto de tu hija....

Tomas. Teligny!... y yo que arrostraba todo por salvarle! Gracias, señora, gracias; su sangre toda no bastará á satisfacerme. (Corre á la puerta de la derecha.)

Reina. En fin, ya es mio!... (Vase.)

ESCENA VII.

TOMAS corre á la puerta, alza el tapiz, y la abre.)

Salid, salid, señor conde. Aqui hay un hombre que os espera.

ESCENA VIII.

TOMAS.—TELIGNY.

Teligny, Quién sois, y qué me quereis?

Tomas. Soy el conde de Maurebert, padre de Estela, á quien tú has seducido y deshonrado!.. Necesito tomar venganza, y lavar el ultraje hecho al honor de mi familia.

Telig. Un duelo con vos!... con el padre de Estela! Imposible, conde...

Tomas. (Sacando la espada.) No habeis oido lo que he dicho? Teligny, no espereis salir vivo de aqui de otro modo que pasando sobre mi cadáver.

ESCENA IX.

Los mismos.—ESTELA.

Estela. Deteneos, padre mio, perdon! Le amo, y el golpe que traspasase su corazon me mataria á mí tambien! Perdonadle, padre mio! No me moveré de vuestros pies hasta que le hayais perdonado...

Tomas. Infeliz! y te atreves á pedir perdon para él, cuando ignoras si le obtendrás para tí! ¿Sabes que toda vuestra sangre no es bastante para lavar la mancha que empaña mi honor?... Sabes que mañana, en presencia de toda la corte, va á espulsarte la Reina, como indigna de seguir en ella?

Estela. (Levantándose y cubriéndose el rostro con ambas manos.) Dios mio!

Telig. (Pasando al lado de Estela.) Se atreverá acaso la Reina á echar mañana del Louvre á la condesa de Teligny?

Estela. (Fuera de sí de alegría.) Lo oís, padre mio?

Creeis ahora que me amaba, y que nunca pensó engañarme?

Tomas. Bien, conde: esa accion es digna de un caballero como vos. Con esas palabras volveis el honor á una jóven, y la felicidad al corazon de un padre. Jurais, pues, ser esposo de Estela?

Telig. Lo juro.

Tomas. Y cumplireis vuestro juramento, si yo llegase á morir imprevistamente?

Telig. Lo juro, aunque nada nos debe hacer temer ese funesto acontecimiento.

Tomas. (*Llevándole hácia el proscenio.*) ¿Y lo jurais, cualquiera que sea la muerte que reciba: decid, conde. ¿Jurais casaros con Estela, cualquiera que sea la muerte que yo reciba?

Telig. Lo juro por mi honor.

Tomas. Entonces, dadme los brazos, hijo mio! Ven, Estela, ven, para que os estreche á ambos contra mi corazon. (*Teligny y Estela se echan en sus brazos.*)

Estela. (*A Teligny.*) Ha llegado el momento de que sepais el motivo por qué os he hecho venir á estas horas...

Tomas. Chist! Oigo ruido.... Alguien se acerca.... La Reina es, sin duda.... Separémonos.—Vos, Teligny, salid pronto, y huid cuanto antes de este palacio.

Estela. Pero, padre mio, quisiera decirle...

Tomas. Silencio... Si la Reina le encuentra aqui, somos perdidos... Huid, huid en nombre del cielo... Tú, Estela, entra en tu cámara.

Estela. Padre mio, sabed que la vida de Teligny está en peligro.

Tomas. Nada temas, yo velo sobre él. (*Vanse Teligny y Estela, aquel por la galeria, y esta por la puerta de la derecha.*)

ESCENA X.

TOMAS.—LA REINA,

Reina. Y bien?

Tomas. Cumplí con mi deber, señora.

Reina. Bien está. Despues de lo que acaba de pasar

exige tu seguridad y la mia que te alejes durante algunos dias de la corte. Toma este anillo. Él te servirá de salvo-conducto para salir de palacio, y de Paris si fuese necesario.

Tomas. (Ap.) Me servirá para proteger la huida de Teligny. (*Se acerca á la Reina, que le pone el anillo. En el mismo instante, Tomas lanza un débil quejido.*)

Tomas. Ah!.. Qué es esto?... Este anillo encierra alguna cosa que me ha herido y penetra hasta mis venas, señora! Decid, qué tiene este anillo?... Porque lo que yo siento es extraordinario. Dios mio! mis venas se inflaman. Un dolor agudo se apodera de mi brazo, y le abrasa como una corriente de fuego.

Reina. Qué decís? Esa sortija no puede ser causa de nada de eso. Sin duda estais loco, Maurebert. (*Va á salir.*)

Tomas. (Colocándose delante de la puerta.) Oh! No saldreis de aqui; señora. (*La Reina, asustada, retrocede algunos pasos.*)

Reina. Repito que estais loco, Tomas. Dejadme paso... Es preciso que salga.

Tomas. (En el mismo sitio cruzando los brazos.) Muchas veces he oido hablar de los infernales medios de que se han valido siempre los Médicis para deshacerse de sus enemigos: he oido hablar tambien de esos venenos sutiles, abrasadores, que nos habeis traído de Italia... Quién me asegura que este anillo no encierra alguno de esos venenos?

Reina. (Asustada.) Oh! Qué odiosa é injusta sospecha! Dejadme pasar, os digo.

Tomas. ¿Pensais que ignoro de qué diabólico mecanismo os valisteis para envenenar á la infeliz reina Juana de Albret. (*Movimiento de Catalina. Tomas quita la llave de la cerradura.*) Oh! No saldreis de aqui, si antes no os probais este anillo...

Reina. (Ap.) Dios mio! Soy perdida! Quién vendrá á mi socorro. (*Alto.*) Maurebert, advertid que hablais con la Reina de Francia, y que todo insulto hecho á su persona es un crimen de lesa magestad.

Tomas. (Procurando sacarse el anillo.) No, no esperéis piedad; es preciso que os pongais esta sortija. Mal-

dición! Ya es imposible arrancarla de mi mano entumecida... Oh! siento un fuego que me abrasa!... Es un dolor horrible!... Catalina vais á morir tambien.

Reina. Ah! Mirad lo que decís, eonde; yo no os he envenenado... ¿Con qué objeto hubiera cometido ese erímen inútil? Por ventura; no necesito de vos? No sois el caballero mas valiente de mi eórte?

Tomas. Cuando se comete un erímen, Catalina, se da uno prisa á hacer pedazos el instrumento que sirvió para él; pero aun me quedan bastantes fuerzas para arrastrarte conmigo á la tumba!

Reina. Socorro! Socorro!

Tomas. Un grito mas, y eres muerta!

Reina. (*Ap.*) Infeliz! infeliz de mí! Los guardias están lejos y no pueden oirme. (*Alto.*) Tomas, os juro que soy inocente.

Tomas. El dolor se ha ealmado. Tal vez el veneno eircula ya por mis venas y devora mis entrañas... tal vez los tormentos se harán sentir despues eon mas fuerza. (*Colocándose delante de un espejo.*) Aqui, delante de este espejo, veré si mi rostro palideee y se demuda; si mis ojos se anublan... Seguiré los progresos del veneno, si existe... (*Empuña el puñal.*) Venid, señora; enfrente de mí habeis de sentaros. (*Catalina se sienta temblando.*)

Reina. Ya lo ves; si en tus venas eorriese uno de esos mortíferos venenos, de que haec poco hablabas, estarías ya muerto en este instante, ó luebarías con las cónvulsiones de una horrorosa agonía. Tomas, soy inocente, ya lo ves... déjame salir de aqui. (*Ap.*) Dios mio! su rostro se eubre de una palidez mortal. Oh! quién me diera poder romper este espejo para oeultarle los estragos del veneno. (*Se levanta gradualmente, procurando ocultar el espejo que tiene á su espalda; Maurebert se levanta tambien insensiblemente para mirarse. De repente da un grito.*)

Tomas. (*Llevándose la mano á la cabeza.*) Ah! Aqui! aqui! Es un fuego abrasador! Es la muerte!.. Catalina, ruega á Dios por tu alma. (*Se levanta, la Reina retrocede, Tomas la signe algunos pasos con el puñal levantado, mas de repente vacila y cae gritando.*)

Reina. (*Acercándose á Tomas.*) Sí, dijiste bien, Mau-

rebert; cuando se comete un crimen, es preciso romper en seguida el instrumento que nos ha servido.

Tomas. (*Levantándose un poco.*) Muero vengado, Catalina...

Reina. Vengado!

Tomas. Teligny existe.

Reina. Qué oigo?

Tomas. Está libre y fuera de este palacio.

Reina. El infierno sin duda se opone á mis planes...

Teligny! Teligny! Si logra salir de Paris esta noche, soy perdida... Cómo detenerle... (*Mirando á Tomas que está espirante.*)

Tomas. Ah!

Reina. Qué feliz idea! Sí... la firma en blanco! Yo haré que no salga de Paris. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ISAAC con dos hombres por la puerta secreta.

Isaac. Tengo orden de la Reina para que carguemos con este cadáver. (*Acercándose.*) Ea, daos prisa.... Dios mio.... qué es lo que veo!... Tomas!... Tiene en el dedo el anillo fatal!... Infeliz, qué es lo que he hecho! He muerto á mi mejor amigo! (*Poniéndole la mano sobre el corazon.*) Su corazon late todavía.... no está todo perdido... Oh! yo le salvaré! (*A los hombres.*) Pronto, ayudadme! (*Levantán el cuerpo.*)

CUADRO SEGUNDO.

Un salon espacioso.—Puertas al foro. Otras dos cubiertas de tapicés á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

REINA.—UN UGIER.

*Al levantarse el telon aparece la Reina sentada.
Teligny en pie á su lado.*

Teligny. Un message de V. M. me ha traído á estos salones en el momento en que iba á dejar á Paris... ¿Os dignareis, señora, decirme el motivo de vuestra llamada?

Reina. Señor Conde: el horrible atentado cometido contra la persona del almirante Coligny, exigia una reparacion pública; os la habia prometido, y tengo la dicha de poderosla dar antes de vuestra partida... El tribunal acaba de reunirse... Sin embargo, tengo el sentimiento de participaros, que el castigo solo puede alcanzar á la memoria del culpable; pues anoche mismo, apenas acababan de prenderle, se envenenó en el calabozo, y esta mañana le han hallado muerto los carceleros.

ESCENA II.

Los mismos.—MAUREBERT, que entra paso á paso con rostro pálido y desencajado.

Maurebert. (*Apareciendo en la puerta.*) Mentís: ni el conde de Maurebert es culpable, ni se ha envenenado en su calabozo. Vedle aqui. Él mismo viene á presentarse á sus jueces, para confundir una vil acusacion. (*Continúa su marcha pausada, y desaparece por la puerta que conduce á la sala del tribunal. La reina y Teligny se quedan mudos de estupor.*)

ESCENA III.

REINA.—TELIGNY.

Telig. Maurebert asesino de Coligny!... Imposible...

Reina. (*Dominando su turbacion.*) Imposible, decís....

Tambien lo eréia yo asi, conde, y sin embargo, es por desgracia demasiado cierto.

Telig. Y quién le acusa?

Reina. Él mismo.

Telig. Qué deéis?

Reina. Un escrito firmado de su propio puño... Un pacto horrible por el que vendia la vida de Coligny á sus enemigos... Ese terrible escrito está en poder de los jueces, y yo os respondo de que cumplirán con su deber.... He jurado que el hacha del verdugo derribará la cabeza del culpable, aun cuando sustentase una corona de duque, y lo cumpliré. Retiraos, señor embajador; pero no salgais de mi córte, hasta que la justicia vengue el ultraje hecho al partido protestante.

Telig. (*Aparte: alejándose.*) Desdichada Estela! Nuestro enlace es imposible ya.

ESCENA VI.

LA REINA sola.

Qué horror me ha causado ese hombre! Ah! Isaac, cara pagareis vuestra traicion... No hay duda, solo él puede haberle salvado... Pero acaso lo está? No, no, aun no se halla libre de mi venganza. El camino es escabroso, pero yo llegaré al fin. Cruel incertidumbre! Cada minuto, cada segundo me parece un siglo.... Ese tribunal!.... Qué tengo que temer?... No soy la reina? no son ellos jueces vendidos al poder?... oigo voces! (*Acercándose.*) El acusado quiere hablar.... su voz se pierde en el tumulto. Dan orden para sacarle fuera de la preseneia de los jueces... Oh! Entonces ya puedo alejarme tranquila.

ESCENA V.

TOMAS. (*Conducido por sus guardias. Cae en un sillón, y los guardias se retiran á alguna distancia.*)

Tomas. No han querido oirme. En vano les he suplicado. Ni una voz se ha levantado en mi favor. Ahora estan decidiendo de mi suerte... El verdugo acabará la obra de Catalina, y me arrancará una vida que el veneno casi ha consumido. (*Despues de una paüsa.*) Hija mia! Padre mio! Esta acusacion sin duda habrá despedazado vuestras almas, y hé ahí lo que me aflige mas que la idea de la muerte.

ESCENA VI.

EL CONDE.—TOMAS. (*El conde viene apoyado en el brazo de un criado.*)

Conde. (*Desde el dintel de la puerta.*) Conde de Maurebert!

Tomas. (*Estremeciéndose.*) Mi padre! Oh! Dios mio! Dadle fuerzas para sufrir tan terrible trance.

Conde. (*Arrojándose en los brazos de Tomas.*) Hijo querido! (*Permanecen algunos instantes estrechamente abrazados.*) Nada ignoro, hijo mio; sé que eres inocente... Isaae me ha informado de todo.

Tomas. Los jueces reunidos para sentenciarme estan deliberando en este momento.

Conde. Y no les has diebo?...

Tomas. No han querido oirme.

Conde. Oh! pero á mí me oirán: la voz de un padre y de un aneiano es sagrada euando desciende á su hijo, porque el cielo está con él y por él. (*Al criado.*) Dejádme; quiero presentarme solo á ese tribunal; solo y sostenido por cincuenta años de gloria. (*Dá algunos pasos, pero su debilidad no le permite pasar adelante, y cae sobre un sillón agobiado de fatiga.*) Ah!.. las fuerzas me faltan. Este último esfuerzo acaba con mi energía. La sangre se hiela en mis venas... lo conozco... mi hora está cercana.

Tomas. (Escuchando.) Hélos aqui... ya está decidida mi suerte.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—JUECES.—UGIERES. (*Uno de ellos trae la espada, otro las condecoraciones, otro las armas de Maurebert.—El gran Prebosté viene el último.*)

Uno de los jueces. Conde de Maurebert, el tribunal despues de haber examinado la prueba de vuestro crimen, prueba firmada por vuestro propio puño y letra, os ha sentenciado por unanimidad á la degradacion y á la pena de muerte. En consideracion á vuestra ilustre cuna y á los gloriosos servicios de vuestro padre, sufriréis el primer castigo en esta sala... Pronunciada ya la sentencia va á ejecutarse en el instante mismo.

Conde. (Levantándose.) Deteneos, deteneos!..... Esa sentencia es injusta, infame! Jueces, os han engañado; voy á revelároslo todo.... Escuchadme.... En nombre de mi avanzada edad, en nombre de mi sangre derramada combatiendo en defensa de la patria, os suplico que me escuchéis. Mi hijo está inocente. (*Con energía.*) La reina Catalina de Médieis es la culpable.

Jueces. Y osais insultar á la reina! Ea, retiraos.

Conde. (Desprendiéndose de su hijo que quiere contenerle.) No, no.... Es preciso que me oigan... Matadme si quereis, pero despues de haberme oido...

Juez. Llevaos ese hombre... (*Los guardias se acercan al conde y quieren llevarsele.*)

Conde. Oh! no. Si no me quereis escuchar, y nada há de ser capaz de hacer variar vuestra decision, dejadme al menos á su lado... Soy su padre... Me callaré, pero no me separéis de él.

Juez. Cúmplase la justicia! (*El Preboste rompe la espada y puñal de Maurebert.*) Ahora el escudo. (*El Preboste va á romper el escudo, y al verlo pasa Maurebert del abatimiento á la desesperacion.*)

Tomas. Deteneos... no... no destruyais las armas de mi familia; no envilezcáis una raza que ha producido tantos héroes, yertos é inmóviles ahora en el fondo

de sus sepulcros; no turbeis la paz de sus cenizas con el ruido de vuestra maza de hierro sobre sus gloriosos cuarteles. El blason es el alma de nuestros abuelos, su memoria eternal, su último aliento y su postrema gloria... Me habeis sentenciado? quereis una victima? Pues bien, aquí me teneis! Heridme, pero que el martillo no caiga sobre esas armas. (*El gran Preboste hace una señal, y reina un profundo silencio. El Preboste levanta lentamente la maza. El anciano conde, silencioso hasta entonces, levanta los brazos y esclama.*)

Conde. Deteneos! (*El Preboste descarga el brazo. La maza choca en el escudo que salta en muchos pedazos, y el anciano cae dando con la frente en el suelo.*)

Tomas. (*Levantándole.*) Ah! Muerto!.. Ha muerto! Mi oprobio y mi ignominia han acabado con su vida... Oh! por qué me reconocísteis, padre mio! Por qué no me reechazásteis segunda vez? Entonces hubiéseis muerto con el alma tranquila... y mirando al cielo... Oh! Padre mio!... Adios, adios, pronto os sigo... Allá en la mansion del Eterno me recibireis en vuestros brazos, y con vuestra bendicion borrareis la mancha que los hombres imprimen en mi frente.

Juez. Al cadalso! (*Maurebert abraza y besa llorando los cabellos blancos de su padre. Se llevan el cadáver del anciano, y la comitiva se dispone para romper la marcha.*)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—ESTELA.

Estela. Padre mio!... salvad á mi padre; compadeceos de mis lágrimas y mi desconsuelo; tened piedad de una joven que os pide de rodillas la vida de su padre.

Tomas. (*Levantando á su hija.*) Ya no hay remedio, hija mia!

Estela. Sí, sí le hay!... Yo puedo morir por vos, puedo devolveros la vida que me habeis dado... qué les importa á ellos... siempre será sangre vuestra la que viertan.

Tomas. Retírate, Estela... tu vista me despedaza el co-

razon.... deja morir á tu padre como un valiente; es el único honor de que no pueden privarme. (*Enjugando sus lágrimas.*) Déjame, hija adorada; no ves cuál se arrasan mis ojos de lágrimas..... He sufrido tanto, hija mia! me han atormentado tan cruelmente! (*El Preboste hace señal de romper la marcha.*) Dejadmé al menos dar el último abrazo á mi hija! Tus sollozos me matan, Estela; no llores asi, angel mio! No te quedas abandonada en el mundo; tienes un esposo que enjugará tus lágrimas, y te consolará en tus penas.

Estela. Él, padre mio! En este instante me ha abandonado vilmente al saber que estais sentenciado.

Tomas. Abandonarte á tí! A tí que lo has sacrificado todo por él! A tí que ciegamente le has amado! Abandonarte faltando á la fé de caballero y á su solemne juramento! Ese hombre á quien he salvado la vida me paga con la muerte y la infamia! (*Llamando.*) La reina! Suspended mi suplicio! Quiero ver á la reina Catalina.... quiero verla á toda costa.

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—LA REINA.

Tomas. Venid, venid, señora.

Reina. Hablad.... estoy pronta á escucharos. La última súplica de un reo es sagrada.

Tomas. (*Aparte á la reina y en voz baja.*) Concededme, señora, un dia, una hora tan sola de libertad; y yo os juro volver á entregar mi cabeza al verdugo.

Reina. A dónde intentas ir?

Tomas. A vengar una injuria.

Reina. Quién te ha ofendido?

Tomas. El conde Teligny.

Reina. Le darás muerte?

Tomas. Donde quiera que le encuentre.

Estela. (*Asustada.*) Dios mio! Qué es lo que oigo?

Reina. Paso, señores: el reo queda en libertad. (*A*

Tomas.) Con su muerte compras tu vida.

Tomas. Véngueme yo, y moriré despues contento.

Reina. Está bien. Hasta mañana á esta hora.

Tomas. Hasta mañana á esta hora.... Ven hija mia!

ACTO CUARTO.

CUADRO PRIMERO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

TOMAS.—ISAAC.

Isaac. Es decir que quedas enterado de todo?

Tomas. De todo.

Isaac. Y olvidarás alguna circunstancia de las que te he referido?

Tomas. Isaac, crees por ventura que uno escucha distraído la historia que le ha de salvar la honra y la vida?

Isaac. Tienes razon. Ahora dame los brazos, y estréchame bien por si fuese esta la última vez que me veas á tu lado.

Tomas. Qué dices?

Isaac. Despues de un secreto como el que acabo de confiarte, debo tomar mis precauciones. Conozco á Catalina de Médicis, y la que no tiene escrúpulos para hacer degollar esta noche á todos los protestantes que se hallan en Paris, no los tendria seguramente para mandar ahorear á un judio que ha puesto su reputacion entre tus manos; si lograba arrancarme mi secreto.... No, no, ya he logrado poner mi dinero en salvo, que era lo principal; ahora, segun los sucesos, veremos si he de hacer otro tanto con el dueño.... Con que dame un abrazo por si acaso...

Tomas. El Señor te recompense con pródiga mano por todo el bien que me has hecho. *(Estrechándole en sus brazos.)*

Isaac. Con que lo tome en cuenta por el mucho mal que he causado, me doy por contento. Adios.

Tomas. Adios. *(Vuelven á abrazarse y váse Isaac.)*

ESCENA II.

TOMAS solo. (*Siguiéndole con la vista.*)

El cielo guie tus pasos, y envíe sobre tí felicidades sin cuento, porque eres el hombre á quien debo mas sobre la tierra... Este último sacrificio me haria olvidar todo el daño que pudieses haberme hecho.... Oh! Catalina! Tú me creias perdido sin remedio.... Veremos ahora quién puede mas de los dos.

ESCENA III.

TOMAS.—CATALINA.

Catalina. Me han dicho que deseábais hablarme: Qué quereis? Olvidais que solo os he dado un dia de término para vengaros, y que pasado ese término ya no habrá poder humano que detenga el hacha del verdugo que está pendiente sobre vuestra cabeza?

Tomas. Si habrá, Catalina. Antes que dé la hora habrá una voz que me conceda la vida.... y quién sabe si será la vuestra.

Catalina. Tal vez.—Si á esa hora el conde Teligny es muerto....

Tomas. Teligny no ha muerto todavia, pero no por eso se librará de mi furor. He prometido tomar venganza de una injuria y de una infamia. La infamia es lo primero, y por eso vengo á pedirlos que reconocais públicamente mi inocencia, Catalina.

Catalina. Si es eso lo que quereis decirme, podeis excusar el resto... porque me cansa el escucharos. (*Hace que se va.*)

Tomas. (*Deteniéndola.*) Es decir que no me habeis vuelto mi hija sino para hacerme mas dolorosa su pérdida, para quitármela en seguida juntamente con honra y vida.... Y si yo os pagase en igual moneda, señora, y arrojase á la maledicencia de sus enemigos la reputacion de la reina de Francia al paso que la devolvía un hijo.... ¿Qué dirias tú, Catalina, si yo te devolviese un hijo que tal vez lloras perdido?

Catalina. (Sorprendida.) Un hijo!

Tomas. Si, y no creas que te hablo del enfermizo y pusilánime Carlos, ni del indolente y frívolo Enrique. Quiero hablarte de otro, Catalina.

Catalina. Cielos! ola!... guardias. (*Aparece un oficial y varios guardias.*)

Tomas. (Alzando la voz.) El rey Enrique II murió en un torneo de resultas de un bote de lanza que le diera Alberto de Montgomery, su capitán de guardias. Este vivió un tiempo loco de amores por...

Catalina. Retiraos. (*A los guardias.*) Quién os ha llamado aquí... Retiraos, digo. (*El capitán se retira.*) Ya ves que he cambiado de resolución; que quiero escucharte. Acaba, qué historia es esa que ibas á contar?

Tomas. La de los amores del conde Alberto de Montgomery y Catalina de Médicis.

Catalina. Miserable! Y osas insultarme cuando me ves dispuesta á escucharte?

Tomas. Digo que es la historia de los amores de Alberto de Montgomery con Catalina de Médicis. Tengo pruebas, señora. (*Acercándose y en voz baja.*) No me mireis con esa sonrisa de duda en la que se deja traslucir un vislumbre de temor. Catalina, no os ha inquietado nunca, ni la suerte de vuestro primer hijo, ni el paradero de las cartas de Alberto?

Catalina. Oh! Acaba por piedad. Conozco que tú posees algún arcano que está enlazado muy íntimamente con la historia de mi vida. Acaba.

Tomas. En una noche del año de 1559 se encontraban en casa de un judío italiano, que les servía de confidente en sus amores, un hombre y una mujer. Conversaron contra su costumbre en voz tan baja, que el judío que se hallaba escondido detrás de los tapiés, se esforzó en vano por recoger algunas frases de aquel coloquio; solo pudo oír palabras amorosas en boca de la bella que contrastaban en gran manera con las amenazas que profería el caballero. La dama erais vos, Catalina; el caballero, el conde Alberto, capitán de guardias de Enrique II.

Catalina. Y el nombre del judío?

Tomas. Isaac.

Catalina. Ah!

Tomas. En la mañana que siguió á aquella noche debia tener lugar un magnífico torneo, en ocasion de los casamientos de las princesas Isabel y Margarita. En efecto, dispúsose un gran palenque frente al palacio del rey. Eran los mantenedores Enrique II, los duques de Lorena y Guisa y el príncipe de Ferrara. Iba á terminar la fiesta y el rey Enrique iba á ser ya proclamado vencedor, cuando el conde de Montgomery tomando una de dos lanzas que aun quedaban enteras, se acercó al rey y le pidió el honor de correr contra él. Concediósele este, y poco despues ambos combatientes cerraron con ímpetu uno contra otro. Los ojos del conde lanzaban fuego al traves de su celada. El encuentro fue tan rudo que las dos lanzas se hicieron astillas, y el rey, herido de muerte cayó del golpe á los pies de su caballo.—En la noche de aquel mismo dia Montgomery fue cosido á puñaladas al entrar en su casa.

Catalina. Qué horror!

Tomas. Llamó antes de espirar al judio confidente de sus amores, y con voz doliente le dijo: (*Desde este momento Catalina escucha con mayor atencion.*) Isaac, corre en busca de la reina, entégala mi hijo... porque estaria mal seguro á mi lado, y le perdonarian dificilmente mis enemigos. Ahí tienes tambien esas cartas que devolverás á Catalina, añadió, entregándole un paquete sellado..... Dila que muero por su causa, pero que muero pensando en ella..... en ella que es mi único y postrer amor!

Catalina. Desgraciado!

Tomas. El judio cojió en brazos al niño y guardó las cartas. Alberto moribundo abrazó á su hijo por última vez.

Catalina. Y el niño? Qué hizo de él el judio? (*Con precipitacion.*)

Tomas. A pocos instantes de su salida de la casa del conde observó Isaac que le seguian dos hombres embozados. Caminó largo rato en diferentes direcciones y con paso precipitado; por último logró una vez perderlos de vista, y se escondió entre los escombros de una casa arruinada. Haria un momento

que se hallaba cobijado en la oscuridad cuando uno de los embozados se lanzó de repente hácia el sitio en que Isaac estaba escondido.—«Há tiempo buscaba una ocasion como esta » exclamó una voz que Isaac reconoció ser la de un antiguo rival suyo llamado Micaelo. Apenas acabó estas palabras brillaron dos puñales en las manos de los dos italianos.

Catalina. Cielos!

Tomas. Trabóse una lucha horrorosa de puñaladas y maldiciones. Isaac mas diestro que su enemigo le clavó el puñal en el corazon. Micaelo cayó muerto á sus pies. Isaac temiendo ser descubierto por el otro embozado, salió corriendo de entre los escombros. Recobróse á poco y púsose á examinar sus vestidos á la luz de una capilla para ver si estaba manchado de sangre.... Una horrible imprecacion salió de sus labios.... En la lucha habia perdido el paquete sellado. Pensó volver al sitio donde estaba el cadáver de Micaelo, pero el niño estorbaba sus movimientos, y le impediria huir en caso de ser perseguido. Por último, tomó una resolucion atrevida; quiso arriesgarlo todo ó salvarlo todo.

Catalina. Oh! Sácame por piedad de esta horrible ansiedad. ¿Qué hizo de aquel niño? ¿qué hizo de mi hijo?

Tomas. Le abrigó cuidadosamente con su capa, y fue á depositarle en el ángulo que formaba una columna del palacio que tenia enfrente.

Catalina. Ah!

Tomas. De antemano quiso quitarle una reliquia que llevaba al cuello pendiente de una cadena de oro, y no pudiendo hallar el resorte forcegeó por romperle: el ruido de unas pisadas le obligó á abandonar su empresa no sin haberse enterado de las señas de la reliquia.

Catalina. Y despues volvió á hallarle ¿es verdad? ¿Sabes dónde para, y vienes á salvar tu vida á costa de ese secreto?

Tomas. No, Catalina. El judio Isaac volvió á los escombros donde estaba el cadáver de su enemigo, y halló el paquete nadando en la sangre; pero por prisa que se dió á volver por el niño, ya no estaba donde

le habia depositado. Al dia siguiente temiendo el enojo de la reina Catalina si llegaba á descubrir aquel suceso, Isaac desapareció de Paris.

Catalina. Sí, es cierto; y cuando la casualidad le hizo venir de nuevo á la corte, declaró á la reina que el temor de los asesinos de Alberto de Montgomery le habia obligado á huir de Paris. Ah! Isaac, Isaac, tu sangre toda no bastará para satisfacerme.

Tomas. Mal haceis en hablar asi, reina Catalina; porque solo él puede proporcionaros algunos indicios para descubrir el paradero de vuestro hijo.

Catalina. Él?

Tomas. Sí, solo él posee ademas el paquete sellado que contiene las cartas del conde y pudiera perderos, señora. ¿Os sonreis?—Ya os entiendo.—Quereis decirme que Catalina de Médicis no tiene por fortuna un marido que pudiera pedirla estrecha y terrible cuenta del contenido de aquellas cartas? Que su hijo el rey Carlos IX. no se atreveria á abrir el paquete sellado, aun cuando llegara á sus manos, si sabia que encerraba un secreto de su madre? Sí, todo eso es verdad, pero el judio Isaac pudiera entregar esas cartas al noble duque de Guisa, que es el mas terrible y sagaz enemigo de la reina de Francia.

Catalina. Oh! Dice bien. Me perderia. (*Alto.*) Pero y mi hijo? Sabe él donde está mi hijo?

Tomas. Él lo sabe, señora.

Catalina. Y qué quiere de mí? Qué quiere que yo haga para recobrar esas cartas, y poder abrazar á mi hijo?

Tomas. Hé aqui lo que quiere. Que reconozcais públicamente mi inocencia, y me devolvais honor y libertad delante de la corte; á ese precio tendreis vuestras cartas. Que jureis no intentar nada contra él, y le deis alguna garantia con que poder estar cierto de que no atentareis contra su vida. A ese precio sabreis quién es vuestro hijo.

Catalina. Pero tú sin duda no lo ignoras tampoco, porque él debe habértelo contado todo. Es tu amigo. Oh! Sácame de esta cruel situacion. Dime dónde está mi hijo, y juraré todo lo que quieras.

Tomas. Un judio sabe vivir, señora. Isaac no me ha

confiado mas que lo que habeis oido, sin duda porque creia que era lo bastante para que respetáseis mi vida. Oh! Estan muy bien tomadas todas las medidas. Háme dado ademas las señas de la reliquia que llevaba al cuello vuestro hijo. Os las diré para daros una prueba mas de la veracidad de lo que os he contado. Era un agnus de oro, con una cifra de esmeraldas.

Catalina. (Con viveza.) Ah! Ya estás libre, Tomas. Mañana mismo, delante de mi corte reunida, delante de toda la nobleza de Francia, publicaré tu inocencia. Diré que tu crimen era solo una ficcion mia, era un pacto entre los dos para detener por mas tiempo á los protestantes en Paris, y haré cortar la mano del verdugo que descargó la fatal maza sobre tu ilustre blason. Pero ahora corramos en busca de Isaac.... es preciso que yo le vea.... que le hable.... Juro respetarle..... lo juro todo.... pero corramos á buscarle.

Tomas. Yo no puedo acompañaros, señora.

Catalina. Cómo?

Tomas. Vos vais á buscar vuestro hijo; yo corro á vengar á mi hija. Olvidais que Teligny puede marcharse de un momento á otro?

Catalina. Dices bien. Vuela. Con su muerte vengas tu ofensa y salvas á la Francia.... Oh! Isaac, todas mis riquezas no son bastantes para pagarte, si me vuelves mi hijo. (*Vase.*)

Tomas. Padre mio! Descansa en paz; serás vengado.

CUADRO SEGUNDO.



(*Habitacion de Teligny. Puerta al foro. Al lado de la puerta una ventana que cae á la calle. A la izquierda una puerta sencilla.*)

ESCENA I.

EL CONDE TELIGNY.—UN CRIADO *ciñéndole las espuelas.*

Telig. Está todo pronto para mi partida?

Criado. Todo, señor. Los caballos quedan ensillados, y vuestros hombres de armas os esperan ya.

Telig. Mis armas. (*Se las da.*) Bien; déjame ahora. (*Vase el criado.*)

ESCENA II.

TELIGNY *solo.*

Sí, necesito estar solo algunos instantes, porque cuanto pasa en torno mio me aterra y me confunde..... El conde de Maurebert asesino de Coligny! (*Despues de un momento de silencio y de lucha interior.*) No, no puedo sin envilecerme dar la mano de esposo á la hija de un hombre degradado por el verdugo! De un hombre que ha mancillado el nombre de sus abuelos. El honor exigia que tomase esta resolucion. Partamos.

ESCENA III.

TELIGNY.—ESTELA. (*Vestida de luto.*)

Telig. Qué veo? Vos aqui, Estela?

Estela. Sí, señor conde.

Telig. Esta visita....

Estela. Os admira, es verdad? Sin embargo este traje debia ser un aviso para vos de acontecimientos bien terribles.

Telig. Acaso vuestro padre?..

Estela. Todavia no es tiempo, pero dentro de algunos instantes va á dar la hora de su suplicio.

Telig. Es una gran desgracia! Mi corazon está traspasado de dolor.

Estela. Porque asi lo creo, señor conde, he venido con confianza á manifestaros los últimos deseos, la santa y última voluntad de mi padre que ya á morir.

Telig. Dios sabe lo cruel que es para mí tener que decirós, que nuestro matrimonio no puede verificarse ya.

Estela. Qué es lo que escucho, Dios mio? Luego no me habia engañado cuando juzgué que era el último adios el que me disteis al despediros de mí esta mañana?... ¿No considerais el golpe mortal que ha recibido mi alma con la muerte de un padre adorado? Jamás hubiera creído de quien blasona de caba-

llo como vos , que me abandonáseis cruelmente , cuando un destino injusto me deja sola en el mundo sin una mirada que me consuele , sin un amigo que enjague mis lágrimas.

Telig. Estela... Vuestras lágrimas me despedazan el corazón. Pluguiera al cielo que estuviese en mi poder mitigar vuestras penas! Maldigo este mundo cruel, que hace recaer sobre los hijos la ignominia del padre...

Estela. Cómo! Vos tambien abrigais ese odioso pensamiento! Tambien infamais á la hija , cuando los hombres han infamado al padre?... Dios mio! No os moverá á compasion vuestra Estela? Y vuestro juramento , señor conde? Y vuestra palabra de caballero?

Telig. Inútil sería ocultároslo por mas tiempo ; la muerte de vuestro padre hace nulo mi juramento , y de ningun valor mi palabra.

Estela. La muerte de mi padre? Pues siendo asi , sabedlo todo , señor conde ; mi padre ha muerto , por salvaros la vida.

Telig. Qué decís?

Estela. Sabéis á qué precio ha devuelto la Reina al conde de Maurebert la hija que creía muerta? Pues el precio ha sido una firma en blanco , donde la reina Catalina escribió pérfidamente la confesion de un crimen , del asesinato de Coligny.

Telig. Cómo? No era culpable?

Estela. La Reina mandó despues al conde de Maurebert que os asesinase cobardemente , ó de lo contrario le entregaria á los tribunales ; mi padre se negó , y por eso , conde , vos estais libre , y él va á morir.

Telig. Qué oigo? Y es creible tanta infamia?... Pero vuestro padre va á perecer en un cadalso , sin embargo , injustamente... es verdad... pero...

Estela. Aun dudais , señor conde? Oh! Ya no me amais , Teligny! Habeis olvidado los primeros dias de nuestro amor... Dios mio! Yo he sido constante ; mi corazón no ha variado... y os amo , como os he amado siempre. Oh! No me abandoneis , en nombre del cielo ; no me abandoneis!

Telig. Ya me habeis oido , Estela. Esta conversacion es demasiado dolorosa , para el uno y para el otro... Ademas , mi deber exige que salga ahora mismo para

Orleans. (*Hace un movimiento para salir. Estela le detiene.*)

Estela. Conde Teligny! guardaos bien de moveros de aquí.

Telig. (*Deteniéndose.*) Cuando el deber lo exige, no hay poder en la tierra que baste á detenerme! (*Se dispone á salir de nuevo.*)

Estela. Por piedad, Teligny!.. deteneos! Mirad que os perdeis.

Telig. En vano os cansais... (*Se lanza á la puerta y hace esfuerzos para abrirla.*) Cerrada!.. Está cerrada! (*Rechazando violentamente á Estela.*) Infeliz del que haya cerrado esta puerta.

ESCENA IV.

Los mismos.—TOMAS MAUREBERT con la espada en la mano.

Tomas. Infeliz de tí, conde de Teligny.

Telig. Vos aquí, en mi casa... con el acero desnudo....

Tomas. Sí, yo, Maurebert el sentenciado, que viene á vengarse de tanta bajeza é infamia.

Estela. Padre mio! perdon! perdon!

Tomas. Déjanos, Estela.

Estela. No me separaré de vos... dejadme que le defienda contra vuestra cólera... le amo, le amo como siempre...

Tomas. Ven, Estela, ven. (*Coje á su hija en sus brazos, y la saca fuera de la escena por la puerta del foro, á cuyo lado estaba aun ella arrodillada. En seguida cierra la puerta, á pesar de la resistencia y los gritos de su hija.*)

Estela. Perdon! piedad, padre mio!

Tomas. No hay ya perdon ni piedad para él.

ESCENA V.

TOMAS.—TELIGNY.

Durante la corta escena que sigue, procura Estela violentar la puerta, y pide con gritos de dolor el perdon de Teligny.

Tomas. Ya estamos solos.

Telig. Qué me quereis?

Tomas. No lo adivinas?—Qué has hecho de tu juramento, *Teligny*?

Telig. Qué habeis hecho vos de vuestro honor, conde de *Maurebert*?

Tomas. Cualquiera que sea el género de muerte de que perezca *Maurebert*... aun cuando fuese infamante... te acuerdas, *Teligny*? Aun cuando fuese infamante, juro dar la mano de esposo á su hija. (*Teligny no responde.*) Mi hija ha venido á reclamar el cumplimiento de tu palabra, y tú la has rechazado inhumanamente. El padre viene ahora en lugar de la hija á preguntarte de nuevo y por la última vez, si quieres cumplir tu juramento.

Telig. Ese enlace es imposible.

Tomas. Entonces, disponeos á morir, ó defendeos, conde *Teligny*. (*En este momento se oyen las doce. Estela intenta violentar la puerta.*)

Estela. (*Desde dentro.*) Perdon, padre mio! Socorro... Socorro...

Tomas. Pronto, defiéndete, antes que vengan á disputarme la víctima.—¿Oyes esa campana? pues ella anuncia el esterminio de los protestantes. (*Se oye un tiro y gritos dentro.*) Mueran los protestantes! Viva *Catalina*!

Telig. Ah!... *Coligny*!... Por piedad, *Maurebert*, déjame salir á defender á mi protector.

Tomas. Y mi hija? Aun puedes salvarle, y salvarte quizá. (*Bajando la espada.*) Mirame desarmado y suplicante. Todavía es tiempo. Dí que consientes en casarte con mi hija, y te dejo libre.

Estela. (*Voces dentro.*) Viva *Catalina*! Mueran los ugonotes.

Telig. Oh! rabia... *Maurebert*, acabemos. Matadme pronto, ó dejadme paso.

Tomas. Con que todo es en vano... Infame! Necesito tu sangre hasta la última gota. (*Cierra con él y se baten. En este momento se ve resplandecer la luz de unas antorchas al traves de los cristales de la ventana. La puerta es saeudida con fuerza, y se oye la voz de Catalina entre el tumulto.*)

Catalina. Abrid, abrid á la fuerza, ó prended fuego

á las puertas. (*Dentro.*) Mueran los protestantes.
Tomas. Oyes? Ya están ahí... Vienen á asesinarte, y á estorbar mi venganza.

Telig. En ese cuarto... la puerta secreta...

Tomas. Sí, entremos... Si yo muero... podrás salvarte..

Telig. Si me matas, sobre mí hallarás la llave. (*Entranse y cierran la puerta.*)

ESCENA IX.

CATALINA.—ESTELA.—ISAAC.—PARTIDARIOS DE LA LIGA armados y con la cruz blanca al pecho. *Gentío á lo exterior, y tumulto debajo de las ventanas.*

Estela. Ah!... Ya no están... En esa puerta...

Catalina. Se baten... (*Se oye el ruido de las espadas.*)

Isaac. Detente, Tomas.

Catalina. Abrid, soy yo... Soy la Reina... Puerta infernal!

Estela. Padre! padre!

Catalina. Ya cesó el ruido... Dios mio! Salvad la vida á mi hijo.

Estela. Dios es justo, y mi padre inocente. Oh! Señor, confío en tu misericordia. (*Abrese la puerta, y aparece Tomas.*)

Estela. Ah! (*Arrojándose en sus brazos.*)

Catalina. Muerto! mi hijo! Jesus mil veces! (*Cae de rodillas á la entrada de la puerta.*)

Tomas. Sí, tu hijo... Mira, Catalina. (*Mostrándola el Agnus de oro que saca en la una mano.*) Esa sangre inocente derramada por tu causa esta noche, ha llamado la ira de Dios sobre tu cabeza. Soy libre. Han dado las doce, y es la hora del esterminio de los protestantes.

Estela. Muerto! Muerto!... (*Sollozando.*)

Tomas. Pobre hija mia! *Trayéndola hácia sí.*) No llores... aun te queda tu padre.

ESCORIAL A LA VISTA

GUIA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

Ilustrada con 20 láminas autotípicas y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camocúa

Un tomo en 8.º en cartón.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicadores hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos a pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las recetas para el servicio de una mesa, y el modo de trichar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 recetas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones, algunas fórmulas completamente nuevas. Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

STORIA

Y DIPLOMATICA

independencia

idos hasta nuestros dias

(1895-76)

por

ONIMO BECKER

aba de ponerse a la venta, y fiel extracto los principales con imparcialidad la historia defectos y expone con minutería a las relaciones exte- riores, por tanto, de gran inter- un modo exacto el aspecto estion cubana.

42 páginas, 8 pesetas.

PILACION

DE LAS

FINOS DE LAS INDIAS

imprimir y publicar

por

OLIGA DEL REY CARLOS II

pergida y aprobada por la Real Supr. mo de Justicia, la Regencia provisional del

to, 50 pesetas.

S ESPAÑOLES

de todos los tomos publi- cados, de que se hallan la ma- tomos en 4.º.—Precio, 900

s sueltos.

